

11703

Marzo 3/69

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA CÁMARA

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

JUSTICIA PROVIDENCIAL,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

11703

MADRID:

OFICINAS: PEZ, 40, 2.º

1868.

L47
3665

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
 Amor de antaño...
 A belardo y Eloisa.
 Abnegación y nobleza.
 Angela.
 Afectos de odio y amor.
 Arcanos del alma.
 Amar después de la muerte.
 Al mejor cazador...
 Achaque quieren las cosas.
 Amor es sueño.
 A caza de cuervos.
 A caza de herencias.
 Amor, poder y pelucas.
 Amar por señas.
 A falta de pan...
 Artículo por artículo.
 Aventuras imperiales.
 Achaques matrimoniales.
 Andarse por las ramas.
 A pan y agua.
 Al Africa.
 Bonito viaje.
 Boadicea, *drama heroico*.
 Batalla de reinas.
 Berta la damenca.
 Barómetro conyugal.
 Bienes mal adquiridos.
 Bien vengas mal si vienes solo.
 Bondades y desventuras.
 Corregir al que yerra.
 Cañizares y Guevara.
 Cosas suyas.
 Calamidades.
 Como dos gotas de agua.
 Cuatro agravios y ninguno.
 Como se empuja un marido!
 Con razon y sin razon.
 Como se rompen palabras.
 Conspirar con buena suerte.
 Chismes, parientes y amigos.
 Con el diablo á cuchilladas.
 Costumbres políticas.
 Contraste s.
 Catilina.
 Carlos IX y los Hugonotes.
 Carniolí.
 Candidito.
 Caprichos del corazon.
 Con canas y cilleando.
 Culpa y castigo.
 Crisis matrimonial.
 Cristóbal Colon.
 Corregir al que yerra.
 Clementina.
 Con la música á otra parte.
 Para y cruz.
 Dos sobrinos contra un tio.
 D. Primo Segundo y Quinto.
 Deudas de la conciencia.
 Don Sancho el Bravo.
 Don Bernardo de Cabrera.
 Dos artistas.
 Diana de San Roman.
 D. Tomás.
 De audaces es la fortuna.
 Dos hijos sin padre.
 Donde menos se piensa...
 D. José, Pepe y Pepito.
 Dos mirlos blancos.
 Deudas de la honra.
 De la mano á la boca.
 Doble emboscada.
 El amor y la moda.
 'Está loca

En mangas de camisa.
 El que no cae... resbala.
 El niño perdido.
 El querer y el rascar...
 El hombre negro.
 El fin de la novela.
 El filantropo.
 El hijo de tres padres.
 El último vals de Weber.
 El hongo y el mirinaque.
 ¡Es una maíva!
 Echar por el atajo.
 El clavo de los maridos.
 El oncenno no estorbar.
 El anillo del Rey.
 El caballero feudal.
 ¡Es un ángel!
 El 5 de agosto.
 El escondido y la tapada.
 El licenciado Vidriera.
 ¡En crisis!
 El Justicia de Aragón.
 El Monarca y el Judío.
 El rico y el pobre.
 El beso de Judas.
 El alma del Rey García.
 El afán de tener novio.
 El juicio público.
 El sitio de Sebastopol.
 El todo por el todo.
 El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
 El que las da las toma.
 El camino de presidio.
 El honor y el dinero.
 El paraso.
 Este cuarto se alquila.
 Esposa y marir.
 El pan de cada día.
 El mestizo.
 El diablo en Amberes.
 El ciego.
 El protegido de las nubes.
 El marqués y el marquesito.
 El reloj de San Plácido.
 El bello ideal.
 El castigo de una falta.
 El estandarte español en las costas africanas.
 El conde de Montecristo.
 Elena, ó hermana y rival.
 Esperanza.
 El grito de la conciencia.
 ¡El autor! ¡El autor!
 El enemigo en casa.
 El último pichon.
 El literato por fuerza.
 El alma en un hilo.
 El alcalde de Badajoz.
 Egoísmo y honradez.
 El honor de la familia.
 El hijo del ahorcado.
 El dinero.
 El jorobado.
 El Diabolo.
 El Arte de ser feliz.
 El que no la corre antes...
 El loco por fuerza.
 El soplo del diablo.
 El pastelero de París.
 El furor parlamentario.
 Falta juveniles.
 Francisco Pizarro.
 Fe en Dios.
 Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el mundo.
 Genio y figura.
 Historia china.
 Hacer cuenta sin la huéspedela.
 Herencia de lágrimas.
 Instintos de Alarcón.
 Indicios vehementes.
 Isabel de Medicis.
 Ilusiones de la vida.
 Imperfecciones.
 Intrigas de tocador.
 Ilusiones de la vida.
 Jaime el Barbado.
 Juan sin Tierra.
 Juan sin Pena.
 Jorge el artesano.
 Juan Diente.
 Los nerviosos.
 Los amantes de Chinchón.
 Lo mejor de los dados...
 Los dos sargentos españoles.
 Los dos inseparables.
 La pesadilla de un casero.
 La hija del rey Remo.
 Los extremos.
 Los dedos huéspedes.
 Los extasis.
 La posada de una carta.
 La mosquita muerta.
 La hidrofobia.
 La cuenta del zapatero.
 Los quid pro quos.
 La Torre de Londres.
 Los amantes de Teruel.
 La verdad en el espejo.
 La banda de la Coidesa.
 La esposa de Sancho el Bravo.
 La boda de Quevedo.
 La Creación y el Diluvio.
 La gloria del arte.
 La Gitanilla de Madrid.
 La Madre de San Fernando.
 Las flores de Don Juan.
 Las apariencias.
 Las guerras civiles.
 Lecciones de amor.
 Los maridos.
 La lámpara mortuoria.
 La bolsa y el bolsillo.
 La libertad de Florencia.
 La Archiduquesita.
 La escuela de los amigos.
 La escuela de los perdidos.
 La escala del poder.
 Las cuatro estaciones.
 La Providencia.
 Los tres banqueros.
 Las huérfanas de la Caridad.
 La niña Iris.
 La dicha en el bien ajeno.
 La mujer del pueblo.
 Las bodas de Canaño.
 La cruz del misterio.
 Los pobres de Madrid.
 La planta exótica.
 Las mujeres.
 La unión en África.
 Las dos Reinas.
 La piedra filosofal.
 La corona de Castilla (alegoría).
 La calle de la Montera.
 Los pecados de los padres.
 Los infieles.
 Los moros del Riff.

JUSTICIA PROVIDENCIAL.

Toni Rodriguez

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

JUSTICIA PROVIDENCIAL,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Representado por primera vez en el teatro Español el día 24
de Noviembre de 1868.

MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1868.

PERSONAJES.**ACTORES.**

RENE.....	Doña MATILDE DIEZ.
ROSALDA.....	Doña CLOTILDE LOMBIA.
JUAN.....	D. MANUEL CATALINA.
FERNANDO.....	D. JUAN CATALINA.
DON ANTERO.....	D. FRANCISCO OLTRA.
PERICO.....	D. MARIANO FERNANDEZ.
DON SANTIAGO.....	D. N. PARDIÑAS.

Año 1868.—La accion se desenvuelve en una quinta aislada á tres leguas de Buitrago,

OBSERVACIONES.

El distinguido actor cómico D. Mariano Fernandez ha desempeñado en esta obra un papel que no es de su género; pero en cuya ejecucion ha sabido colocarse á la mayor altura y demostrar que es en todo un artista consumado. Como el reparto del drama en Madrid podria inducir á error en los teatros de provincia, respecto al carácter de Perico, el autor cree necesario manifestar, por medio de esta aclaracion, que el desempeño de aquel papel corresponde, no á un actor cómico, sino á un segundo galan.

Los versos entrecomados pueden suprimirse en la representacion.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un huerto, cuya cerca se divisa en el fondo y en último término, representada por una tapia alta. Á la derecha del espectador la fachada de una casa de campo que da al huerto, y en la cual, además de la puerta de entrada, elegante y sencilla, hay una reja correspondiente al piso bajo, y en la misma perpendicular un balcon perteneciente al piso segundo; ambos huecos colocados de manera que sin necesidad de útil alguno sea fácil la subida. Á la izquierda un cenador revestido de plantas trepadoras, con sillas y bancos rústicos, y un velador, en el cual habrá recado de escribir, periódicos y libros. Macetas, jarrones, calles de árboles, etc. La escena empieza á las cinco de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

PERICO, sentado al lado del cenador, entretenido en hacer un ramillete, y ROSA de pié.

ROSA. (Tomando una dalia encarnada del cesto donde Perico tiene las flores.)

¡Vaya una dalia!

PERICO. (Sin mirar.) ¡Preciosa!

ROSA. No has mirado bien. Repara qué color...

PERICO. El de tu cara

es más encarnado, Rosa.

ROSA. (Riendo.) ¡Já, já, já! ¡Qué disparate!

PERICO. Pues lo digo y lo sostengo.

ROSA. Esto es decirme que tengo
la cara como un tomate.

PERICO. (Ofendido.) ¡Qué salida de pavana!

ROSA. Te incomodas sin razón,
porque estimo la intención,
aunque es un poco *hortelana*.

PERICO. ¡Tanto horror tienes al huerto?

ROSA. El *verde* no me recrea.

PERICO. Pues voy á llamarte fea,
que no es verde, pero es cierto.

ROSA. ¡Jesus! ¡Es que eres atroz!

PERICO. Tu injusticia me provoca.

ROSA. No abres una vez la boca

que no largues una coz.

¡Mire usted por dónde sale!...

PERICO. ¡Ay, Rosa! No te conoces,
porque en esto de dar coces
no hay animal que te iguale.

ROSA. No me causarás sonrojos,
que eso aprende quien te trata.

PERICO. ¡Siempre has de sacar la pata!...

ROSA.

(Alterada.)

¿Á que te saco los ojos?

PERICO. Ya sé que eres muy capaz
de hacerlo.

ROSA. (Conteniéndose.) ¡Si no mirara!...

PERICO. (Con sorna.)

Te desbocas. ¡Para, para!

Tengamos la fiesta en paz!

No congeniamos los dos.

ROSA. Ni te busco ni te llamo.

PERICO. Pues déjame hacer el ramo
en paz y en gracia de Dios,
que como siempre, vendrá
don Juan por él...

ROSA.

No prosigas.

Con ese harás buenas migas.

PERICO. ¿Y por qué no?

ROSA.

¡Claro está!

PERICO. Soy dueño de mi albedrío
y hago lo que más me agrada.
No creo que tengas nada
que decir...

ROSA. Que es un judío.

PERICO. No te metas en honduras...

ROSA. Es la verdad monda y lisa.
Ningun domingo va á misa,
dice pestes de los curas,
no hay un santo en el cual crea
ni oracion que no moteje.
Si esto no es ser un hereje
que venga Dios y lo vea.

PERICO. (Con desden.)
¡Hay más crédula ignorancia!

ROSA. Digo muy bien.

PERICO. Cierra el labio.

El señorito es un sabio
que ha aprendido mucho en Francia.
Siete años ha estado allá
entre gentes estudiosas,
y cuando él dice estas cosas,
sabidas se las tendrá.

ROSA. Pues que vaya á los infiernos
á abrir cátedra si puede.

PERICO. ¿No ves que lo dice adrede
para desembrutecernos?

ROSA. (Sorprendida.)
¡Qué?

PERICO. Nos hace este servicio.
¡Si supieras! Es un pozo
de ciencia.

ROSA. ¡Vaya! Ese mozo
quiere tenerte propicio.

PERICO. ¿Para qué?

ROSA. No sé si el amo
sospecha...

PERICO. (Maravillado.) ¿Qué estás diciendo?

ROSA. ¡La verdad! Que no comprendo
tanto *aquel* y tanto ramo.
Todos los días regala
uno á la señora...

PERICO. (Rechazando la idea.) ¡Eh! Quita.

ROSA. Ella es jóven y bonita,
él tiene el alma muy mala...
milagro será...

PERICO. (Con incredulidad.) ¡Mujer!
No pienses tal desatino.
¡Engañar á su padrino...

ROSA. ¿Quién sabe?

PERICO. No puede ser.
Le debe su educacion,
ha sido siempre su amparo...

ROSA. Fuera justo ese reparo
si tuviese religion.
Pero vive ese mancebo
con la conciencia tan ancha...
En fin, me espera la plancha
y hablo más de lo que debo.

PERICO. Es un falso testimonio.

ROSA. (Entrándose en la casa.)
Quiera Dios que no suceda
lo que digo.

ESCENA II.

PERICO.

Más enreda
una mujer que el demonio.
Miren por dónde respira...
¡Qué pronto amasó la torta!
¿Será verdad?...—¿Qué me importa?—
Mas de seguro es mentira.
No es posible, no es tan loco...
—¿Y qué pierdo aunque lo sea?—
(Recogiendo el cesto de las flores y poniendo en un
jarron el ramillete.)
Ya terminé mi tarea
y voy á estudiar un poco.
(Saca del bolsillo de su chaqueta un tomo y se tien-
de á leer en uno de los bancos rústicos del cenador.)
Quiero otra vez repasar
el capítulo segundo!

Iré conociendo el mundo
y lo que debo pensar...
(Queda embebecido en la lectura del libro, hasta la
aproximación de D. Juan en la escena siguiente.)

ESCENA III.

PERICO, D. JUAN.

JUAN. (Tocando á Perico en el hombro.)
Pero ¡hombre! ¿qué haces así
embobado?

PERICO. (Levantando la cabeza.) Estoy leyendo.
¿No lo ve usted?

JUAN. ¡Ah! Comprendo.
Es el libro que te dí.
¿Y te gusta?

PERICO. Sí, señor.
Pero es tanto lo que dice...

JUAN. Acaso te escandalice
la franqueza del autor.
Que eso de atacar de frente
con resolución y bríos
los errores y estravíos
admitidos comunmente,
y con sólidas razones
probar al más obcecado
que está el mundo dominado
por rancias supersticiones,
es empresa aventurada
y difícil...

PERICO. ¡Ya lo creo!
Por eso cuánto más leo
este libro, más me agrada.
Antes era yo un simplon;
pero mucho me equivoco
ó me han avisado un poco
(Señalando la obra que tiene en la mano.)
éste, Voltaire y Prudhon.

JUAN. Ya noto tus adelantos...

PERICO. (Entusiasmándose.)
¡Qué libro! Con que osadía

deja la gloria vacía
de apóstoles y de santos!
¡Y el señor Prudhon no es bobo!
¡Vaya si se explica el nene
cuando demuestra y sostiene
que es la propiedad un robo!
Gracias á usted que me dió
estas obras...

JUAN. (Oyéndole hablar con gozo.) ¡Bien, Perico!

PERICO Ya sé que quien dice *rico*,
dice *ladron*...

JUAN. (Alarmado.) ¡Hombre nó!
Vaya un desatino...

PERICO Pues
mire usted, cuando está impreso,
verdad será...

JUAN ¡Si no es eso!
Lo has entendido al revés.

PERICO Bien claro el libro lo reza...

JUAN No tal...

PERICO Y cuando lo leo,
¡ay! se me sube el deseo
de ser rico á la cabeza.

JUAN. La instruccion te puede dar
lo que quieres. Siempre ha sido
el trabajo...

PERICO. ¡Si he perdido
las ganas de trabajar!

JUAN. Pero debes comprender
que es el camino seguro...

PERICO. ¡Si para sacar un duro
sudar sangre es menester!

Ántes, cuando no sabia
lo que sé, siempre contento,
en busca de mi sustento
bregaba yo noche y día.

¡Tonto de mí! Echaba el quilo;
y en medio de mis enojos
alzaba al cielo los ojos...

y me quedaba tranquilo

—¡Mala suerte me ha tocado—
decia.—Pero ¿qué importa,

si al fin la vida es muy corta
y Dios premia al desgraciado?—
Esto templaba mi ardor.
¡Era yo entonces muy burro!
Hoy de otro modo discurro,
gracias á usted y á este autor.
¿Y puede saberse el modo?...

JUAN.

PERICO. Puesto que no hay vida eterna,
y cuando estira la pierna
el hombre, se acaba todo,
me parece desatino
trabajar; no es necesario;
vale más ser propietario.
Prudhon enseña el camino.

JUAN.

Ya que la supersticion
deseches, haz por ser bueno,
y que te sirva de freno
la razon...

PERICO.

(En tono de burla.) ¿Qué es la razon?

JUAN.

Es esa luz natural,
sólo del hombre atributo,
que le distingue del bruto
y que le hace ente moral.
Porque es la regla suprema
de la vida.

PERICO.

Una de dos:
ó hay Dios ó no hay Dios...

JUAN.

(Interrumpiéndole.) No hay Dios.

PERICO.

(Con resolucion.) Pues no salgo de mi tema.

JUAN.

(Con desden.) ¿Y cómo has de discurrir
si no conoces bastante?...

PERICO.

No soy yo tan ignorante
como usted quiere decir.
Leo todos los inviernos
mil novelas á destajo,
de esas que entran por debajo
de la puerta á sorprendernos...

JUAN.

Si son las lecturas tuyas
de ese género tan vario...

PERICO.

Y estoy suscrito á un diario
que trae muchas aleluyas.

JUAN.

¡Nada, nada! No te alabes

por eso. ¡Tiempo perdido!
piensas haber aprendido
y en realidad nada sabes.
Algo has pulido quizás
tu campesina corteza;
pero tu instruccion empieza
con estos libros, ¿estás?
y cuando al cabo en tu seno
la razon sus rayos vibre,
sabrás que el hombre no es libre
sino á medida que es bueno.
Mientras tanto basta ya;
la discusion es ociosa...

PERICO. (Insistiendo.) Pero...

JUAN. Hablemos de otra cosa.

¿Hiciste el ramo?

PERICO. (Enseñándosele.) Ahí está.

Desde que usted ha venido
de París, ni un sólo dia
me he olvidado...

JUAN. Es que seria

hasta criminal tu olvido.

Ya sabes que ese es mi gusto.

PERICO. (Yend á buscar el ramo y presentándosele á Don Juan.)

(¿Será cierto?...) Aquí le tiene
usted...

JUAN. (Tomándole.) Venga. ¡Pobre Irene!

Verás. Voy á darla un susto.

(Encaramándose por la reja hasta alcanzar con la
mano á los hierros del balcon.)

PERICO. ¿Qué hace usted?...

JUAN. Ahora la llamo.

PERICO. No saldrá.

JUAN. Si que saldrá.

(Golpeando en el balcon.)

¡Mamá, señora mamá!

ESCENA IV.

PERICO, JUAN é IRENE en el balcón sobresaltada.

IRENE. (Saliendo.) ¡Jesus!

JUAN. (Alegremente, ofreciéndola el ramillete.)

¡Aquí está mi ramo!

IRENE. Siempre has de ser calavera!

¿En estos juegos te ensayas?

JUAN. Sí...

IRENE. (Haciendo ademán de entrar y de cerrar el balcón.)

Pues adios.

JUAN. (Suplicándola.) No te vayas...

IRENE. Quiero castigarte.

JUAN. Espera...

IRENE. (Riéndose en tono de broma.)

Pues como otra vez te subas...

JUAN. No lo haré.

IRENE. Me has asustado.

JUAN. ¿No es verdad que así colgado
parezco un racimo de uvas?

IRENE. Mejor dirás un ladrón
que el hogar ageno escala.

JUAN. (Ofreciéndola de nuevo el ramo.)

¡Ahí va!

IRENE. (Riéndose.) No quiero.

JUAN. Eres mala.

IRENE. Lo dicho, dicho.

JUAN. (Volviendo á suplicar.) ¡Perdon!

Mira que me canso...

IRENE. (Con sorna.) ¿Y qué?

JUAN. Voy á dar un batacazo...

IRENE. Lo mereces.

JUAN. (Fingiéndolo que se cae.) ¡Ay, mi brazo!

ESCENA V.

DICHOS y FERNANDO, que aparece por una de las calles de árboles de la posesion, y que al ver la actitud violenta de Juan se santigua con fingido asombro.

FERN. ¡Jesus, María y José!

PERICO. (El santurrón por acá...)

FERN. Sorpresa que no esperaba.

¿Estais pelando la pava?

¡Bien, muy bien!

(Mirando á hurtadillas á Irene.)

(¡Qué guapa está!)

(Con refinada malicia.)

No porque á mí me interese...

PERICO. (Ap.) ¡Me carga su hipocresía!

FERN. Mas tal vez sospecharía

don Antero si lo viese...

IRENE. (Con orgullo é intencion.)

Sabe quién es su mujer.

Ha errado usted el camino.

JUAN. (Riéndose.) ¡Celos de mí mi padrino!

¡Vamos, tendría que ver!

Pues no das poca importancia
al caso...

FERN. No tanta. Pero...

JUAN. La quiero, sí que la quiero.

¿No es mi amiga de la infancia?

FERN. (Cambiando de tono.)

¿Y os enojais? ¡Qué simpleza!

Si es sólo una broma.

IRENE. (Con mal gesto.)

¡Broma pesada!

FERN. Lo siento...

JUAN. (Á Irene.) Toma,

ó me arrojo de cabeza.

¡Á la una!

IRENE. No estés así.

¡Bájate pronto por Dios!

FERN. (Acercándose hasta ponerse debajo de Juan.)

Pero repara...

- JUAN. (Amenazándole.) ¡Á las dos!
Calla ó caigo sobre tí.
- FERN. (Apartándose.)
¡Diablo!
- JUAN. (Insistiendo con el ramillete.)
Tómale!
- IRENE. (Resueltamente y encarándose con Fernando.)
No tal.
- Y mira á lo que me expones,
porque hay ruines corazones
que de todo piensan mal.
(Entrándose en su habitacion y cerrando las vidrieras de golpe.)

ESCENA VI.

JUAN, bajándose con ira, FERNANDO y PERICO, que permanece alejado.

- JUAN. ¿Lo ves? Se marcha enfadada
por tu culpa...
- FERN. (Humildemente.) Pues protesto...
- JUAN. Siempre te pone mal gesto.
¿Qué la has hecho?
- FERN. (Apresuradamente.) ¡Nada, nada!
Mi conciencia está tranquila.
No me remuerde el delito.
- JUAN. (Con sorna.)
¿De veras? Este bendito
se escurre como una anguila.
Nunca mueve un alboroto...
- FERN. Me estás ofendiendo...
- JUAN. (Sin hacerle caso.) Y es
de la cabeza á los pies
un diablo ingerto en devoto.
Mas desde hoy ten entendido
que conmigo nadie juega.
- FERN. ¿Qué dices?
- PERICO. (Abriendo el libro y sentándose en una silla al extremo opuesto.)
(Por si le pega,
voy á hacerme el distraído.)

- FERN. Aunque m paciencia es mucha,
mira que estás abusando...
JUAN. Lo dicho, dicho, Fernando.
FERN. Atiende...
JUAN. Primero escucha.
FERN. Respeta mi posicion.
Ve quién soy. Ese criado...
(Señalando á Perico.)
JUAN. Tus humos de diputado
guarda para otra ocasion;
que si he de decir verdad,
no me importan...
FERN. (Asistiendo.) Te suplico...
JUAN. ¡Nada! Y no confies, chico,
en tu *inviolabilidad*.
Porque en el campo, en la villa,
entre las gentes ó solo,
si haces otra, te *violo*,
rompiéndote una costilla.
FERN. Mientras su amparo me preste
el cielo...
JUAN. Calla, bribon.
PERICO. (¿Á que le da un mogicon?
¡Mejor!)

ESCENA VII.

JUAN, FERNANDO, D. ANTERO, que oye las últimas palabras
de la disputa, y PERICO á un extremo, leyendo.

- ANTERO. ¿Qué escándalo es este?
¿Qué pasa? ¿Por qué reñis?
JUAN. Por nada...
ANTERO. No es verdad eso.
FERN. (Amargamente)
¡Yo, que al saber el regreso
de este ingrato á su pais,
en alas de mi cariño
vine á hacerle compañía!
JUAN. ¡Mil gracias!
FERN. ¡La culpa es mia!

¡Si he sido siempre muy niño!
Pero ¿qué amistad resiste
al hielo de la distancia?

JUAN.

¡Bah, bah!

FERN.

Si has vuelto de Francia
tan cambiado...

JUAN.

(Incomodado.) ¡Tiene chiste!

ANTERO.

Pero, en fin, ¿qué ha sucedido?

JUAN.

¡Nada!

ANTERO.

Pues algo se infiere...

FERN.

Hablaré ya que usted quiere.

ANTERO.

¡La verdad!

FERN.

Nunca he mentado.

JUAN.

(Colérico.)

¿Vas á decir?...

FERN.

¿Qué he de hacer?

Contra todo mi deseo
me obligan...

ANTERO.

Por lo que veo,
la cuestion debe de ser
muy grave...

FERN.

¡Si no es cuestion!

Sin fundamento se queja.
Subiéndose por la reja,
Juan escalaba el balcon...

ANTERO.

(Sorprendido.)

¡El balcon?

FERN.

Y yo, que entraba
á la sazon, observando
á Irene y á Juan charlando,
grité:—¿Se pela la pava?—
¡Nunca tal hubiera dicho!
Era que un ramo ofrecia
á Irene...

ANTERO.

(Con severidad.) ¡Escalera habia!

JUAN.

Perdone usted, fué un capricho.
Por no subir la escalera
me atrevi...

FERN.

Lo dije en broma.

¡Pero este muchacho toma
las cosas de una manera!...
¿Para reñir hay justicia?

- Diga usted.
- JUAN. ¡Hazte el chiquillo!
Si con ese aire sencillo
eres la misma malicia.
- FERN. (Con aire resignado.)
Dí cuanto te dé la gana.
- JUAN. Fué usted de su padre amigo.
Casi se crió conmigo,
la miro como á una hermana.
Y ademas de esto, por ser
esposa de usted, la quiero
con doble razon.
- ANTERO. (Asperamente.) Espero
que no vuelva á suceder.
Por la vez primera, pase.
- JUAN. (Con ira.)
Hay lenguas murmuradoras
que están...
- ANTERO. Tanto te acaloras
que quizás otro dudase...
- JUAN. (Sentido.) ¡Padrino!
- ANTERO. No hablemos de ello.
Mas una mujer casada
debe... (Oyendo refunfuñar á Juan.)
¿Qué murmuras?
- JUAN. (Mirando con ira á Fernando.) Nada.
(¿Á que le retuerzo el cuello?)
¿Ves lo que consigues? (Furioso á Fernando.)
- ANTERO. Juan,
haya paz.
(Acercándose á Perico y cambiando de conversacion.)
¿Qué haces, Perico?
Bien te aplicas...
- PERICO. ¿Si me aplico?
¡Loco me tiene Renan!
- ANTERO. (Arrancándole el libro de las manos.)
Pero ¿estás empecatado?
- FERN. Señor, ¿cómo se divulga
tal libro?
- JUAN. (Ap.) (Á que me excomulga?)
- ANTERO. Responde, ¿quién te lo ha dado?
- PERICO. ¡Toma! El señorito...

- ANTERO. (Con asombro.) ¿Tú?
JUAN. ¿Qué hay en esto que os asombre?
ANTERO. ¿Y me lo preguntas? ¡Hombre!
¿estás dado á Belcebú?
FERN. ¡Horror, abominacion!
ANTERO. (Con amargura.)
Es decir ¿que te has propuesto
matarme?
JUAN. (Con ligereza.) Pero ¿qué es esto?
FERN. Que no tienes religion.
PERICO. (Á D. Antero.)
¿No quiere usted que me instruya?
JUAN. ¡Pues no es nada el alboroto!
¿Y por qué?
ANTERO. (Con enojo.) Yo pondré coto
á la propaganda tuya.
¡Vete! (Á Perico.)
PERICO. (Se aleja murmurando.)
(Mal hayan los amos
y los...)
JUAN. (Con soberano desden.) (¡Nacion atrasada!)
PERICO. (Es rico ¡claro! y le enfada
que los pobres aprendamos.

ESCENA VIII.

JUAN, FERNANDO, D. ANTERO.

- ANTERO. (Severamente.)
¿Cuáles son tus intenciones?
Entregando á los criados
esos libros malhadados
¿qué intentas? ¿Qué te propones?
FERN. Quizás que vayan en pos
del autor á los infiernos.
ANTERO. ¿Qué respeto han de tenernos
si se lo pierden á Dios?
FERN. (Hipócritamente.)
Hay quien goza haciendo el mal...
JUAN. ¡Hombre! No tanto, no tanto.
Ni quieras hacerte el santo
delante de mí.

:

- FERN. (Humildemente.) No tal.
Ya sé que soy pecador...
- JUAN. ¡Y mucho! Si en Madrid eras
entre todos los troneras
el peor...
- FERN. (Alarmado.) ¿Cómo el peor?
- JUAN. No olvides tus aventuras...
- FERN. Me pesa haber ofendido
á Dios...
- JUAN. Para tí no ha habido
honra ni virtud seguras.
- FERN. ¡Ay! Bastante me remuerde
la conciencia y me sonroja...
- JUAN. Pues cállate si te enoja
que tus excesos recuerde.
- ANTERO. (Con gravedad.)
¿Y eso te disculpa?
- JUAN. No.
- ANTERO. En tal caso no comprendo...
- JUAN. Que usted me riña, lo entiendo;
pero este hipócrita...
- FERN. (Confuso.) Yo...
- ANTERO. Te aconseja con buen fin.
- FERN. Si fué grande mi delito,
hoy penitente y contrito...
- JUAN. (Mofándose.) ¡Miren qué San Agustín!
- FERN. Dios me tocó el corazón.
- JUAN. Esa es una estratagema.
Has cambiado de sistema,
pero no de condicion.
Á cuentas contigo mismo,
y viendo cerca tu ruina,
dijiste:—Aquí hay una mina
que explotar: el fanatismo.
Apóstol de lo pasado
seré. No me falta audacia
ni chispa, y si caigo en gracia,
si llego á ser diputado,
á pocos golpes que dé
mi crédito justifico.
Tendré pleitos, seré rico;
¡Dios sabe lo que seré!—

FERN. Miro como un sacerdocio
mi mision.

JUAN. (Desdenosamente.) No digas eso.
¿Qué buscas en el Congreso,
la religion ó el negocio?

FERN. (Á D. Antero.)
¿Ve usted? Pero no me extraña.—
Te perdono: soy tu amigo.
Eso es lo que trae consigo
tan larga ausencia de España.
Siete años en la vecina
nacion han dejado huella
en tu alma, y despues ¡aquella
escuela de medicina,
en donde toda opinion
peligrosa tiene asiento!

JUAN. (Con entusiasmo.)
Dió vida á mi entendimiento.

FER. Y muerte á tu corazon.
Desconoces tu pais,
y en la duda que te abisma,
todo lo ves por el prisma
licencioso de París.
Fe, religion, amistad,
desinterés ¡nada existe!
¡Cuán otro de cómo fuiste
has vuelto de esa ciudad!

JUAN. Porque miro con desden
el error, porque deseo...

ANTERO. No, porque vuelves ateo:
Fernando dice muy bien.
Hoy sientes la fe agotada
porque á dudar te provoca
una opinion ciega ó loca,
ó más bien, extraviada.
Utopia que con ardor
y calenturiento anhelo
dirige ya contra el cielo
su ariete demoledor.
Quiere encontrar la verdad
y la oscurece y ofusca.

JUAN. (En tono de lástima.)

¿y eso dice usted?

ANTERO. Qué busca?

FER. (Con solemnidad)
¡El error!

JUAN. (Con energía.) ¡La libertad!

ANTERO. (Irritado.)

La liber... ¡Por vida mía!

FER. Aunque usted se escandalice
el hecho es cierto. Quien dice
libertad, dice heregía.
Impiedad, profanación,
todo esa frase lo encierra.

ANTERO. (Fuera de sí.)

¡Mentira! No movais guerra
á la santa religion.

Dejad en paz ese nombre
que vuestra ambicion lastima,
pues Dios está por encima
de las disputas del hombre.

En su justicia severa
no mira opinion ni raza,
y desde la cruz abraza
á la humanidad entera.

FER. Estos momentos son críticos,
y usted no ignora...

ANTERO. No sé

que tenga que ver la fe
con los partidos políticos.
Lo mismo peca,—soy franco—
y en esto á los dos aludo,
quien la toma por escudo
que quien la elige por blanco.

FERN. La cuestion es enfadosa;
pero usted ve cómo piensa
sobre este asunto la *prensa*
político-religiosa.

JUAN. (Con calor.)

En lo que afirman los neos
me apoyo...

ANTERO. ¡Dios soberano!
¡Cómo se tienden la mano
escribas y fariseos!

¡Basta de exageraciones!
Con ánimo decidido
siete años he combatido
por nuestras instituciones.
Y para cualquier jornada
contra el enemigo bando,
preparábame besando
la santa cruz de mi espada.
Emblema de redencion
que hace vivir en mi pecho
unidas con lazo estrecho
mi conciencia y mi opinion.
Mi conciencia de cristiano
que en dichas mejores sueña,
y mi opinion, que me enseña
el deber de ciudadano.
Y ¡basta! No digo más,
que esta discusion me enoja.

JUAN.

Pero...

ANTERO.

Doblemos la hoja,

ó irritarme lograrás.

(Á Fernando.)

¡Ah! Te quisiera pedir
un favor...

FERN.

Usted me manda.

ANTERO. (Á Juan.)

Tu criminal propaganda
no es posible consentir.

Y para atajar el mal
que va tomando incremento,

(Á Fernando.)

serás desde este momento
inquisidor general.

FERN.

(Sorprendido.)

No entiendo...

ANTERO. (Á Juan.)

Dale la llave

de tu librería.

JUAN. (Inquieto.)

¿Qué?

ANTERO. Dásela.

JUAN.

(Obedeciendo.) Pero no sé
con qué intencion. Esto es grave...

ANTERO. (Á Fernando.)

Aunque chille y alborote
Juan, te doy pleno dominio
para hacer el escrutinio
famoso de don Quijote.
Los malos libros abrasa.

FERN. (Lleno de alegría.)
¡Muy bien!

ANTERO. Mi permiso tienes.
(Á Juan.)

No consiento que envenenes
á las gentes de mi casa.

JUAN. (Furioso.)
Pero esto no es regular.

ANTERO. Estoy decidido. ¡Al fuego!

FERN. Descuide usted.

ANTERO. Los entrego
á tu brazo secular.

FERN. Sólo á complacerle aspiro.

ANTERO. (Dándole el libro que quitó á Perico.)
Este el primero.

JUAN. (Á Fernando.) (¡Ah, tunante!)

FERN. (Á Juan, con asombro.)
(¿Yo?)

JUAN. (Á Fernando.) (Si tocas al estante...)

FERN. (Á Juan.)
(¿Qué has de hacer?)

JUAN. (Contestándole en tono amenazador.)
(¡Pegarte un tiro!)

FERN. (Ya será algo ménos.) Voy
corriendo...

ESCENA IX.

JUAN, D. ANTERO.

JUAN. (Ap.) (Pues te prometo...)

ANTERO. (Severamente.)
Á nada tienes respeto.

JUAN. (Con la mayor incertidumbre, y mirando por donde
ha salido Fernando.)
(Y es capaz...)

ANTERO. Quejoso estoy.

- JUAN. Padrino, usted exagera.
- ANTERO. Con justa causa te riño.
Te he recogido de niño,
te doy honrosa carrera.
Me debes, pues, cuanto tienes.
- JUAN. (Con sumision.)
Es verdad.
- ANTERO. Y aun no contento,
reparto en mi testamento
por igual todos mis bienes
entre tú y mi esposa...
- JUAN. (Con gratitud.) Sé
que con nada satisfago
mi deuda.
- ANTERO. (Asperamente.) ¿Y este es el pago
que me das?...
- JUAN. (Confundido.) Pero...
- ANTERO. (En el mismo tono.) Pues ¡qué!
¿Te has figurado quizás
que mi cariño te ampara
sólo por tu linda cara;
por tus méritos no más?
- JUAN. (Alterado.)
Yo no...
- ANTERO. Desecha esa idea.
Á Dios le debes tu suerte.
Tu padre, herido de muerte
en el campo de pelea,
luchando con sus atroces
dolores,—solos los dos,—
pidióme en nombre de Dios,
¡de ese Dios que desconoces!
que me acordara de tí,
que te tendiera mi mano,
y como bueno y cristiano
cumpló lo que prometí.
Ese Dios, ese Dios mismo,
del cual blasfemas iluso,
tan santo deber me impuso
en tu pila de bautismo.
Si yo hubiera dado abrigo
á tus torpes teorías,

hoy ¡infeliz! ¿qué serías?
Un miserable mendigo.
JUAN. Le escucho á usted con pesar.
ANTERO. Te trato como mereces.
Ese cielo que escarneces
te da familia y hogar.
Con viva solicitud
te albergué bajo mi techo,
y si guardas en tu pecho
un resto de gratitud,
si esas áridas doctrinas
tu corazón no han secado,
mientras estés á mi lado,
mira por donde caminas.
No quiero más desazones
ni que mi amor te enagenes,
ni que mi casa envenenes,
ni que asaltes mis balcones,
ni que por tu grosería
la gente murmuradora
piense mal de una señora
que es honrada, porque es mía.
JUAN. (Lleno de confusion.)
Pero mi intencion ha sido...
ANTERO (Volviéndole asperamente las espaldas.)
No sigamos adelante.
Juzgo que he dicho bastante
y que me habrás entendido.

ESCENA X.

JUAN.

¡Vive Dios! Estoy trinando.
Nunca ha hablado de este modo.
¿Qué le sucede?...—De todo
tiene la culpa Fernando.—
Con ese aire de novicio
tan humilde y tan modesto,
¡está visto! Se ha propuesto
hacerme perder el juicio.
¡Y ya no más! No soporto

más tiempo su impertinencia.
Ya me falta la paciencia
y es preciso atarle corto.
¡Bueno fuera!...

ESCENA XI.

JUAN, PERICO, entrando en escena apresuradamente.

PERICO. ¡Señorito!
JUAN. ¿Qué ocurre?
PERICO. Que don Fernando
va á pegar fuego á la casa.
JUAN. No me digas más: el auto...
PERICO. Sacó en monton del estante
los libros, y sin mirarlos
con ellos hizo una hoguera:
Ya estarán casi quemados...
¿Por qué no va usted?
JUAN. Perico,
sube corriendo á mi cuarto
y bájame las pistolas.
PERICO. ¿Qué pretende usted?
JUAN. ¡Volando!
Si esta tarde no se larga
con viento fresco le mato.
PERICO. Mas...
JUAN. No temas. Es cobarde,
y á las primeras de cambio
le haré saltar...
PERICO. ¡El demonio
del hombre!... ¡Me ha dado un chasco!
¡Fie usted en apariencias!
Vaya, si parece raro
que quien todos estos dias
con un calor africano
venia para enterarse
de la llegada...
JUAN. ¡Es un trasto!
PERICO. Fuese tan...
(Viendo aparecer á Fernando.)
Pero aquí asoma.

JUAN. Pues déjanos solos.

PERICO. ¿Saco
las pistolas?

JUAN. Sí, y las llevas
al invernadero.

PERICO. (Frotándose las manos) ¡Bravo!

ESCENA XII.

DICHOS, FERNANDO, saliendo de la casa.

FER. (Deteniéndole al salir.)

¿Dónde vas?

PERICO. (Con mal tenor.) Donde me mandan.

FER. (Soltándole.)

Está muy bien contestado.

ESCENA XIII.

JUAN, FERNANDO.

JUAN. (Con forzada calma.)
¿Estarás contento?

FER. ¡Vaya,
querido Juan! ¿No he de estarlo?
Si vieras cómo han ardido
Litré, Proudhon y otros varios
autores de su calaña...

JUAN. ¡Muy bien! Lo aplaudo, lo aplaudo...
Pero lo ofrecido es deuda.
Voy á pegarte un balazo.

FER. ¡Qué cosas tienes!

JUAN. (Con resolución.)

Lo dicho.

FERN. ¿Estás loco?

JUAN. No. Estoy harto
de tolerar injusticias
y de sufrir desengaños.
Un mes hará que he venido
de París...

FERN. No lo he olvidado.

JUAN. Y hoy hace catorce días
que juntos vivimos ambos.

- FERN. Sólo por acompañarte
dejé mi hogar de Buitrago,
y aquí me tienes...
- JUAN. Pues mira,
no te lo agradezco.
- FERN. ¡Ingrato!
- JUAN. Durante esos días... ¡Siglos
debiera más bien llamarlos!
no he tenido por tu culpa
un momento de descanso.
Tu conversacion me apesta,
tu genio me causa enfado,
tu hipocresía me enoja.
- FERN. (Sorprendido.)
¡Hombre!
- JUAN. ¡Lo quieres más claro?
No sé por qué; pero observo
que huye Irene de tu lado,
y que te ve con el gusto
con que ve la cruz el diablo.
Mi padrino por tu culpa
me ha puesto como un guñapo,
y esto no te lo perdono;
y lo que es más: no lo aguanto.
- FERN. (Exaltándose.)
¡Juan!
- JUAN. Escúchame con calma,
que con calma estoy hablando.
Hoy has quemado mis libros...
- FERN. Sabes que me lo ha ordenado
don Antero.
- JUAN. No me importa.
- FERN. Eran á la fe contrarios...
Mis intenciones son buenas
(Durante este diálogo cruza Perico la escena, lleván-
do las pistolas.)
y yo soy...
- JUAN. (Interrumpiéndole.) Serás un santo.
No disputo, aunque ya sabes
que conozco bien el paño.
- FERN. Si juzgas por lo que he sido
en otros tiempos infaustos

- JUAN. puedes engañarte...
Puede.
Pero de esto no tratamos.
Tu amistad me perjudica...
FERN. Míralo bien.
JUAN. Y en el acto,
aquí, donde no nos oyen,
vas á saber mi *ultimátum*.
FERN. Pero...
JUAN. Si esta misma tarde
no pones la silla al jaco
para volverte á tu pueblo,
estoy resuelto, Fernando...
FERN. Á qué?
JUAN. Á molerte los huesos,
como dos y dos son cuatro.
FERN. (Fuera de sí.) ¡Qué infamia!...
JUAN. ¡Qué amigo!
FERN. No te alborotes.
JUAN. No alces el gallo.
FERN. (Levantando la voz.)
No callaré. ¡Esto es indigno!
JUAN. Si no quieres hablar bajo,
mira, en el invernadero
están mis pistolas... ¡vamos!
FERN. ¡Tratarme de esta manera!...
Pero sin razon me alarmo,
porque un alma descreida
de la amistad hace escarnio.
JUAN. (Con ira reconcentrada.)
¡Vaya! Por lo visto quieres
alborotar el cotarro,
y yo no. ¡Basta de ruidos!
Calla y vente...
FERN. (Con hipocresía.) Soy cristiano...
JUAN. (Fuera de sí, y dirigiéndose á Fernando.)
Pues te arrancaré la lengua
por hipócrita y por falso...

ESCENA XIV.

JUAN, FERNANDO, IRENE.

- IRENE. (Saliendo de la casa.)
¿Qué es esto? ¡Siempre riñendo!...
- FERN. Ya lo ve usted...
- IRENE. (Inquieta.) ¿Qué ha pasado?
- FERN. ¿Qué ha de pasar? Que no tiene corazón...
- JUAN. ¡Que es un bellaco!
y si no toma el portante
no le dejo hueso sano.
- FERN. Mira bien lo que te dices...
- JUAN. Lo digo, y no me retracto.
—No me darás más disgustos.—
- IRENE. (En tono de reconvencion á Fernando.)
¡Usted siempre!
- FERN. Me ha ultrajado
sin razón...
- JUAN. No tengo ganas
de discutir...
- FERN. (Con aire de lástima.) ¡Insensato!
- JUAN. Yo, delante de señoras
soy un mandria: me acobardo...
- FERN. ¡Todos sabrán!...
- JUAN. (Interrumpiéndole.) No mas voces,
y ven conmigo.
- IRENE. (Asustada.) ¡Es que llamo!

ESCENA XV.

FERNANDO, IRENE, deteniéndole.

- FERN. No tema usted. Soy prudente.
- IRENE. Pues ya que solos estamos,
preciso es que usted me escuche.
- FERN. Usted manda: soy su esclavo.
- IRENE. Usted está procediendo,
—perdone usted si me exalto—
como un hombre que se olvida

de sus deberes más santos.
FERN. Dígame usted cuanto quiera:
con mi humildad satisfago.

IRENE. Antes de que Juan llegase
de París, á cada paso
venia usted con pretexto
de enterarse de su estado,
y hoy con torpe hipocresía,
de su amistad abusando,
vive usted en esta casa
contra mi expreso mandato.

FERN. ¡Irene!

IRENE. Por cuantos medios
encuentra usted ¡todos malos!
turbar pretende el reposo
de este hogar hospitalario.

FERN. El amor es mi disculpa...

IRENE. (Con desprecio.)

¿Amor usted? ¡Qué sarcasmo!
¡Oh, malhaya, amen, el día
en que nos vimos y hablamos!
Cuando la suerte implacable
con golpe duro y nefando
me dejó sólo en el mundo
sin fortuna y sin amparo,
dígame usted ¿dónde estaba
ese amor tan decantado?
¿Dónde que no oyó mis ruegos
desgarradores y amargos?

En vano la suerte mía
le dí á conocer; en vano
escribí cartas y cartas
diciéndole mi quebranto.
Usted sordo á los gemidos
de mi dolor solitario
ni me contestó siquiera.

FERN. Perdone usted si en un rapto
de celos pude engañarme.
¡Harto mi imprudencia pago!

IRENE. (Con amargura.)

¡Era yo pobre!

FERN. (Contrariado.) ¡No es eso!

- IRENE. (Con desden.) Conozco á usted demasiado.
No intente usted defenderse,
que si de estos hechos hablo,
no es con la pueril idea
de acusarle á usted...
- FERN. (Confuso.) Declaro...
- IRENE. Usted nada me debía.
¡Yo tampoco! Nuestros lazos
fueron, porque soy honrada...
- FERN. Es verdad!
- IRENE. Puros y castos.
Niña crédula, inocente,
abrí el corazon incauto
á un amor que usted fingia
quizás con fines bastardos...
- FERN. No me juzgue usted con tanta
severidad...
- IRENE. (Con dignidad.) ¡Concluyamos!
Si usted conserva en su pecho
algun sentimiento honrado,
si usted quiere que piadosa
no recuerde sus agravios,
esas cartas...
- FERN. (Con ardor.) Usted sabe
que no puedo. ¡En mí no mando!
No es fácil templar la hoguera
destructora en que me abraso.
(Sacando una cartera, y con tono hipócritamente
tierno, pero en el fondo amenazador.)
Oh! Cada vez que estas cartas
ojeo, tristes y aciagos
recuerdos de aquellos dias
en mi corazon grabados...
- IRENE. (Con afan.) ¡Démelas usted!
- FERN. (En el mismo tono.) Y veo
á través ¡ay! de mi llanto,
sus dulces frases, sus quejas
de amor, sus tiernos halagos,
en la ciega violencia
de mi celoso arrebató
quisiera decir á voces
á ese viejo atrabiliario:

—¡Mira, mira! No te engrias
mientras yo vivo penando.
Ese corazon no es tuyo:
¡no es tuyo! Me le has robado.—

IRENE. (Fuera de sí.)

Miserable!

FERN.

¡Es tan sabrosa
la venganza!...

IRENE.

¡Si no alcanzo

á comprender tanta infamia!

FERN.

¡Es amor desesperado!

IRENE.

(Amargamente.)

¡Ah! desdichada la jóven
que escribe á un hombre en sus años
candorosos. ¡Más valiera
que se cortára la mano!
Pero acabemos. ¡Ya es hora!
Por última vez reclamo
mis cartas...

FERN.

¡Es imposible!

IRENE.

(Con asombro.)

¡Imposible!

FERN.

Antes me arranco

el corazon.

IRENE.

(Fuera de sí.) Pues entónces,
ya que es usted tan villano,
yo contaré á mi marido
todo lo que está pasando.

Si por respeto á las canas
de ese generoso anciano,
que en mi orfandad desvalida
me dió su nombre y sus brazos,
he pedido á usted mis cartas,
he sufrido y he callado...

FERN.

¡Ay, Irene!

IRENE.

Estoy resuelta.

Y pues loco y temerario
usted se obstina en guardarlas
como una amenaza acaso...

FERN.

(Sobresaltado.)

¡Qué piensa usted?...

-I RENE.

(Con decision.)

Ahora mismo

- sabrá Antero de mis labios
la verdad. ¡Callar más tiempo
fuera ofender mi recato!
- FERN. ¡Es una locura!
- IRENE. Cumpló
con mi deber.
- FERN. Sin embargo
podrá recelar... Los viejos
siempre son desconfiados...
- IRENE. (Con energía.)
Ya me conoce.
- FERN. (Cambiando de tono y deteniéndola.) No, Irene.
No es mi intento hacerla daño.
Me resignaré. Mañana
usted las tendrá. No traigo
todas las cartas...
- IRENE. (Con sequedad.) No hablemos
más. Hasta mañana aguardo.

ESCENA XVI.

FERNANDO, después PERICO.

- FERN. (Con amargura.)
Ayer desdeñé su amor
y hoy á sus plantas me arrastro.
¡Qué abismo tan insóndable
es el corazon humano!
¡Y esto va mal! No es prudente
perder más tiempo. Si tardo
en dar un golpe atrevido
puedo muy bien darle en vago.
Que si cuenta á don Antero
nuestros amores pasados
y pierde el miedo á las cartas,
será inútil mi trabajo.
Vuelvo á mi antiguo proyecto.
¡Es lo más seguro! Al vado
ó á la puente...
(Viendo aparecer á Perico por uno de los extremos
del huerto.)

¡Aquí Perico?

:

- Es un tunante muy largo,
y si me ayudase... (Llamándole.) Escucha.
- PERICO. (Acercándose.)
(¿Qué querrá este pajarraco?)
- FERN. (La ocasion la pintan calva...)
¿Quieres ganarte unos cuartos?
- PERICO. Segun y cómo.
- FERN. Sin riesgo.
- PERICO. Siendo así, no hay que dudarlo.
¿Qué he de hacer?
- FERN. Muy poca cosa:
ser sordo y mudo.
- PERICO. No caigo,
y si usted quiere que entienda,
hable pronto, bien y claro.
- FERN. Oye. Si quieres ganarte
quinientos reales...
- PERICO. (Dando un respingo.) ¡Canastos!
¡Quinientos reales!
- FERN. El medio
es muy sencillo.
- PERICO. (Con curiosidad.) ¡Sepamos!
- FERN. Con no cerrar esta noche
la puerta del huerto, y cuando
veas cruzar una sombra,
hacerte el disimulado;—
con dormir á pierna suelta,
con el sueño de un borracho,
puedes ganar veinticinco
duros, como por ensalmo.
- PERICO. (Receloso.)
¿Y qué significa?...
- FERN. Pierde
todo temor, que no trato
de cometer ningun crimen.
- PERICO. Pues no atino...
- FERN. Voy al grano.
¡Pero guárdame el secreto!
- PERICO. No tema usted. Seré un mármol.
- FERN. Tengo una cita...
- PERICO. (Sorprendido.) ¿Una cita?
¿Con Rosa?

- FERN. Pico más alto!
- PERICO. (Con el mayor asombro.)
¿Con la señora?...
FERN. (Interrumpiéndole.) ¡Silencio!
que podrían escucharnos...
PERICO. (Resistiéndose á creer.)
Pero señor ¡no es posible!
Me engaña usted.
- FERN. No te engaño.
- PERICO. Sostengo que eso es mentira.
¡Si pone un gesto tan agrio
siempre que se ven ustedes!
- FERN. ¡Ah tonto! ¿Hemos de abrazarnos?
Disimula.
- PERICO. ¡Ni por esas!
- No cuela.
- FERN. (Fingiéndose incomodarse.) ¡Eres muy pesado!
¿Y qué harías si te hiciese
comprender...
- PERICO. En ese caso
puede... ¡Pero no lo creo!
- FERN. ¿Con que no? Pues prueba al canto.
Mira ¿de quién es la letra
de esta carta? (Sacando una de la cartera.)
- PERICO. (Lleno de admiración.) ¡Por San Pablo!
¡Del ama!
- FERN. (Mostrándole el principio.) ¿Y aquí, qué dice?
- PERICO. (Leyendo.) «Fernando mío...»
- FERN. (Volviendo la hoja.) Y debajo?
- PERICO. (Leyendo.) «Irene.»
- FERN. ¿Estás convencido?
- PERICO. Si no vuelvo de mi espanto!
¿Ella también?... Y parece
que en su vida ha roto un plato.
¡Vaya el agradecimiento
que tiene á ese desdichado
viejo! .. Cuando sin su auxilio...
Dice muy bien el adagio:
Cria cuervos... ¿Y usted? Otro
que tal baila ¡Tan beato!...
- FERN. El hombre es frágil...
- PERICO. Ya veo.

¡Y la mujer!

FERN. No perdamos
la ocasion. ¿Conque esta noche
abrirás?

(Óyese la campana de la puerta del huerto.)

PERICO. (Echando á correr.)

Estan llamando.

Veremos despues...

FERN. (Deteniéndole.) Te advierto
que estás de todo enterado,
que mi secreto conoces,
y si eres infiel no paro
hasta mandarte á presidio.
Conque miralo despacio.

ESCENA XVII.

FERNANDO.

Ella espera hasta mañana...

doy esta noche el asalto.

La ocasion me favorece.

Si se obstina, la amenazo

con demostrar á su esposo

que ella misma me ha citado.

Porque ¿quién convence á un viejo,

ya receloso y uraño

de que un amor que ha existido

ha muerto sin dejar rastro?

¡Estas cartas valen mucho!

Tendrá miedo del escándalo...

Pero si á pesar de todo

se resiste y grita, escapo

con ayuda de Perico,

á quien de seguro amanso.

Y ella... ¡Guardará silencio,

porque gana más callando.

ESCENA XVIII.

FERNANDO, D. SANTIAGO y PERICO, los dos últimos hablando
fuera de la escena.

SANT. ¿Has sujetado las bridas
á la argolla?

PERICO. No hay cuidado,
que no se marchará el potro.

FERN. (Sorprendido.)
Esa voz!...

SANT. Mira, muchacho,
tráete las alforjas...
(Entrando en escena.) Buenas
tardes.

FERN. (Saliendo á su encuentro.)
¡Padre!

SANT. (Abrazándole.) ¿Cómo andamos?
¿Hay novedad en la casa?

FERN. No, por fortuna.

PERICO. (Entrando.) Aquí traigo
las alforjas. ¡Es que pesan
las malditas!...

SANT. (Riéndose.) No es extraño.
Doscientas oncejas de oro
hacen bulto y pesan algo.

PERICO. (Mirando codiciosamente las alforjas.)
¡Doscientas onzas!

SANT. (Observándole.) Te quedas
como un bobo...

PERICO. (Suspirando.) ¡Algunos tanto
y otros tan poco!

SANT. No avisas
de mi llegada á tus amos?

PERICO. (Sin apartar la vista de las alforjas.)
¡Yá voy!

ESCENA XIX.

FERNANDO y D. SANTIAGO.

SANT. ¿Conque por lo visto
piensas pasar el verano
en esta quinta?

FERN. Es empeño
de Juan, y cómo me aparto...

SANT. ¡Bien, hombre! Pero podías
siquiera haberte acordado
de nosotros...

FERN. Ya pensaba...

SANT. Está tu madre trinando.
¡Catorce dias sin verte
el pelo!...

FERN. Era necesario,
despues de tan larga ausencia...

SANT. Pero el pueblo está inmediato,
y nada hubieras perdido
con dar por allí un vistazo.

FERN. Ya conoce usted la causa...

SANT. No me basta...

FERN. Bien mirado...

SANT. Entretenido en el foro
ó en el Congreso, hace el diablo
que nunca estés con tus padres
más de dos meses al año.
Y si así los escatimas...

ESCENA XX.

DICHOS, D. ANTERO, IRENE, PERICO.

ANTERO. ¡Chico! ¿Tú aquí? Qué milagro...

IRENE. ¿Cómo está doña Teresa
de salud?

SANT. ¡Hija! Tirando
nada más. Desde que tuvo
el tifus...

FERN. (Con inquietud.) ¿Se ha empeorado

- quizás?
- SANT. ¿Y ahora se te ocurre preguntar? Tienes un cuajo..
- FERN. Como la dejé repuesta del todo...
- SANT. (Con tono gruñon.) Ya me hago cargo.
- ANTERO. Pero ¿fuera de tu casa á estas horas?
- SANT. No descanso.
Ya sabes que en estos pueblos tengo dinero prestado;
y como me deben muchos y suelen andar rehacios...
- ANTERO. ¡Están tan malos los tiempos!
- SANT. ¡Qué disparate! Al contrario. Nunca han estado mejores.
- ANTERO. Pero ¡hombre! si no hay un cuarto...
- SANT. ¡Pues por eso! Cuando muchos piden, se presta más caro; se hacen más negocios...
- PERICO. (Con intencion.) (¡Digo!)
- ANTERO. ¿Y la conciencia, Santiago?
- PERICO. (Conque la tengan los pobres le basta...)
- SANT. No soy tirano,
y hago lo que todos hacen.
- ANTERO. (Con repugnancia.)
Dices bien. ¿Á qué cansarnos?
- SANT. ¿Sabes, Antero, una cosa?
- ANTERO. Di...
- SANT. Que en tu casa me instalo por esta noche.
- ANTERO. Me alegro.
- FERN. (Sorprendido.)
¿Qué dice usted?
- ANTERO. Que no salgo.
Es ya muy tarde. Hay tres leguas desde la quinta á Buitrago;
llevo dinero, la noche puede cogerme en el campo,
afirmase que recorren por estos montes cercanos

- varios hombres sospechosos...
PERICO. (¡No te roben, ladronazo!)
FERN. No olvide usted que mi madre
estará inquieta...
SANT. ¡Has hablado
como un libro! Pero todo
puede arreglarse.
FERN. No alcanzo...
SANT. Mira; sujeto á la argolla
de la puerta está el caballo:
vas, la avisas y te vuelves
por la mañana temprano.
FERN. (Con disgusto)
¿Yo?
SANT. Tú.
FERN. Pero usted ya sabe...
IRENE. (Ap. á Fernando.)
(¡Ceda usted!)
ANTERO. Irá un criado...
SANT. No es menester. ¡Bueno fuera!
Que vaya á darla un abrazo.
¡Catorce días sin verla!...
FERN. Es que... (Vacilando.)
IRENE. (Con energía.) (Mis cartas aguardo.)

ESCENA XXI.

- DICHOS, JUAN, que entra precipitadamente y acercándose
Fernando, habla con él en voz baja.
JUAN. Ya veo que estimas mucho
tu piel. Te estuve esperando
y...
SANT. (Saliéndole al encuentro.)
¿Qué es eso? No saludas
á los amigos.
JUAN. (Abrazándole por pura ceremonia.)
¡Ah! Cuánto
me alegro...
SANT. ¡Vaya! Estos chicos
parecen enamorados.
Ni oyen, ni ven, ni se cuidan

- JUAN. de nadie. ¡Pólux y Cástor!
Es que tenemos pendiente
cierta discusion...
- PERICO. (Ap.) (Á palos.)
SANT. (Riéndose.) ¡Cosas de sabios! Mas dime,
Antero ¿dónde guardamos
estas alforjas?...
- ANTERO. ¿Qué llevas?...
- SANT. Doscientas onzas que acabo
de recoger en Peralta.
—Una deuda de Venancio
de Santibañez.—Por cierto
que me he visto precisado
para cobrar esta suma
á venderle hasta los clavos.
- ANTERO. El pobre está mal...
- SANT. No es cuenta
mia.
El año ha sido escaso.
Tiene seis hijos...
- SANT. (Brutalmente.) ¡Paciencial
¡Quién le manda tener tantos?
- ANTERO. ¿Que esos digas?
- PERICO. (¿Eh? se explica...
Qué entrañas tiene el ricacho!)
- SAT. ¿Qué se ha de hacer?... Pero dónde
ponemos esto? (Indicando las alforjas.)
- ANTERO. (Á Irene.) Si acaso,
en aquel cuarto que tiene
la puerta de hierro...
- SANT. ¡Andando!
- IRENE. No es menester...
- ANTERO. ¿Te parece
que no estará bien guardado?
No ha nacido todavía
quien eche la puerta abajo.
- IRENE. ¿Á qué tantas precauciones?
Basta á mi ver el armario...
- ANTERO. Pues como quieras.—Perico,
carga con eso... (Señalando las alforjas.)
- SANT. (Á Perico.) ¡Cuidado!
- PERICO. (Codiciosamente al coger las alforjas.)

IRENE. (Si esto fuera mio!)
Creo
que es hora de que comamos
¡Ya son las seis!...
SANT. Muy bien dicho,
que el hambre me tiene exhausto
de fuerzas.
ANTERO. (Á Irene.) Pues date prisa.

ESCENA XXII.

DICHOS, ménos IRENE y PERICO.

ANTERO. Será mesa de ermitaño.
Cómo no avisaste.....
SANT. Mira,
si no te callas, me enfado.
¡Ahora te vienes con esos
cumplimientos y arrumacos?
No hablemos más del asunto.
ANTERO. Pues no hablemos...
FERN. Mientras tanto,
yo dispondré mi partida.
JUAN. (Con alegría.)
¡Ah! ¿Te vas?
ANTERO. Muy mal pensado.
¡Sin comer!
FERN. No tengo ganas.
SANT. Tú veras...
ANTERO. Quédate un rato...
FERN. ¡No, no! mi madre podría
asustarse, y más estando
tan delicada...
JUAN. (Ap. á Fernando) Has seguido
mis buenos consejos...
FERN. (Secamente á Juan.) Hago
lo que mi padre me ordena.
JUAN. (Á Fernando.)
¡Chico, tu padre es un sabio!
FERN. Que venga Pedro é ayudarme...

ESCENA XXIII.

DICHOS, ROSA, en el umbral.

ROSA. Á comer!

ANTERO. (Á Fernando.) Te has empeñado...

JUAN. (Recogeré las pistolas
no suceda algun fracaso
si las dejo allí...)

ESCENA XXIV.

DICHOS, ménos JUAN.

ANTERO. (Á Fernando.) Supongo
que serás mañana exacto.

FERN. No sé...

ANTERO. No admito disculpas.

¡Mañana aquí!

(Á Santiago.) ¿Vaihos?

SANT.

Vamos.

ESCENA XXV.

FERNANDO, ROSA, á quien detiene aquel apenas los demas han
salido.

FERN. Espera, Rosa.

ROSA. (Sorprendida.) ¿Qué espere?

Poco será...

FERN. (Entrando en el cenador y disponiéndose á escribir.)

Antes que parta

es bueno que en una carta

al amo de casa entere...

ROSA. Despache usted pronto.

FERN. (Sin hacerla caso y sentándose á escribir.) Así,

si el lance por fin se enreda,

suceda lo que suceda,

no sospecharán de mí.

Yo referiré la historia

de modo...

ESCENA XXVI.

DICHOS, PERICO, saliendo de la habitacion meditabundo é inquieto.

PERICO. (Aproximándose lentamente al cenador.)

¡Mal haya sea!

No se me aparta esta idea
un punto de la memoria.
¡Doscientas onzas! Batallo
con el ansia de ser rico.

(Acercándose á Fernando.)

—¿Me llama usted?—

FERN. (Levantando le cabeza y sin dejar de escribir.)
Sí, Perico.

Anda y disponme el caballo.

PERICO. Está sujeto á la argolla
de la puerta...

FERN. Pues vé pronto.

PERICO. (Marchándose por una de las calles de árboles.)

Si hallase un medio... ¡Qué tonto
soy!... Mi cabeza se embrolla...
Doscientas onzas!

ESCENA XXVIII.

FERNANDO y ROSA.

ROSA. (Impaciente.) No espero
más.

FERN. (Cerrando la carta.) Ya acabo.

ROSA. Es que podría...

FERN. Toma: da de parte mia
esta carta á don Antero.
Y adios, prenda.

ROSA. ¿No entra usted?

FERN. No.

IRENE. (Llamando desde dentro.)

¡Rosa!

ROSA. (Saliendo apresuradamente.) Me están llamando.
¡Ya voy!

ESCENA XXIX.

FERNANDO.

¡Ánimo, Fernando!
Está tendida la red.
De seguro piensa Juan
que el miedo... ¡No me conoce!
(Mirando el reloj.)
Son las seis, vuelvo á las doce
y adelante con mi plan.
Si alcanzo lo que presumo...

ESCENA XXX.

FERNANDO y JUAN, que vuelve con las pistolas y se dirige á la habitacion.

JUAN. (Observando los movimientos de Fernando.)
¿Te preparas por lo visto
para marchar?

FERN. (Secamente.) Ya estoy listo.

JUAN. ¡Pues me alegro! La del humo...

FERN. No estaré más á tu lado,
ya que mi amistad te enoja;
y aunque la noche me coja
sin armas y en despoblado,
no quiero que el incidente
de esta tarde se repita.

JUAN. (Ofreciéndole las pistolas.)
Toma mis armas. No quita
lo cortés á lo valiente.

FERN. (Aceptándolas.)
¡Gracias!

JUAN. (Con aire resuelto.) ¡Nada entre los dos!
No lo olvides.

FERN. (Con tono de lástima.) No lo olvido.

JUAN. Y adios. Hemos concluido
para siempre... (Entrándose en la casa.)

FERN. ¡Ingrato! Adios.

ESCENA XXXI.

FERNANDO, luego PERICO, que vuelve por donde salió anteriormente, cada vez más preocupado.

FERN. (Siguiendo con la vista á Juan.)

Podrá ser que te arrepientas.

¿Quién sabe? Quizás un día...

PERICO. (Acercándose con lentitud.)

¿De qué medio me valdria
para atrapar las doscientas?...

Todos procuran su avío:

la adúltera, el usurero,

el hipócrita... ¿Á qué espero

para hacer, si puedo, el mio?

¿Tendré temor?... ¿Y de qué?

No hay más vida que esta vida...

FERN. (Reparando en él y llamándole.)

¡Perico!

PERICO. (Sin acelerar el paso y siguiendo completamente
abstraído en la hilacion de su pensamiento.)

Una vez perdida...

FERN. (Impacientándose.)

¿No me contestas?

PERICO. (Sin hacer caso.) ¿Qué haré?

FERN. (Adelantándose hácia él.)

¡No estás poco pensativo!

¿Y mi caballo?

PERICO. (Saliendo de su abstraccion.)

Está pronto.

FERN. Pues sígueme, y mientras monto
podrás tenerme el estribo.

(Deteniéndole.)

Pero ántes quiero saber

si estás dispuesto...

PERICO. (Como herido de una idea repentina.)

(¡Ah, qué rayo

de luz!) Soy un pobre payo

y no sé qué responder.

(La ocasion hace al ladron,

y este mozo me la ofrece.)

Cosa tan mala parece...

FERN. ¡Doblo la suma!

PERICO. (Mirando á todas partes recelosamente.) ¡Chiton!

FERN. ¿Con que me abrirás la puerta?

PERICO. (Dudando.)

No sé qué hacer.

FERN. Pues medita.

PERICO. (Reflexionando rápidamente.)

(Soy pobre, el oro me incita,

y no hay Dios...) (Con resolucion, á Fernando.)

¡Estará abierta!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala adornada sencillamente con muebles, aunque no lujosos, elegantes y algun tanto anticuados, entre otros un armario. Puertas de entrada en el fondo; otra lateral en primer término, que comunica con las habitaciones de Irene, y balcon en el muro opuesto, con vistas al parque. En segundo término, entre la puerta y el ángulo entrante del salon, otra al parecer de hierro, baja, fuerte y gruesa, con la llave puesta en la cerradura empotrada y disimulada en la pared, como suelen estarlo esos huecos y escondrijos casi secretos que en muchas casas sirven para guardar ropas, dinero ú objetos de valor. Son las diez y media de la noche.

ESCENA PRIMERA.

PERICO, entrando con una luz que deja sobre un velador.

¡Valor! La ocasion me anima.
Los amos fuera. ¿Qué arriesgo?
¿Cuándo, si no me decido,
he de encontrar otro medio
mejor de hacer mi fortuna
sin el más leve tropiezo?
El señorito Fernando
hará, sin querer, viniendo

á escondidas á la casa,
de ladron en este juego...
(Dirigiéndose lentamente hácia el armario.)
¡Vamos allá! En el armario
están las onzas...
(Frotándose alegremente las manos.)
¡Las pesco
y me armo! Dentro de poco
compro una finca del clero,
y más tarde...

ESCENA II.

PERICO, ROSA, que penetra en la habitacion cuando Perico
está á punto de llegar al armario.

ROSA.

Buenas noches,

Perico...

PERICO. (Contrariado y haciendo esfuerzos para disimular el
susto.)

(¡Voto al infierno!

Si me descuido, me coge

en la danza...) (Con mal humor.)

¿Qué tenemos?

¿Á qué has venido?

ROSA.

¡Me gusta

la pregunta!

PERICO.

¿Sí?

ROSA.

Pues vengo

á lo que me da la gana.

¿Has quedado satisfecho?

—¿Y los anos?

PERICO.

Hácia el monte

han ido á tomar el fresco.

ROSA.

¡Si en casa no se respira!

PERICO.

Pues te marchas, y *laus Deo*.

ROSA.

¡Qué amabilidad!

PERICO.

Paciencia

y barajar.

ROSA.

¡Vaya un genio!

PERICO.

¡El mio!

ROSA.

Mejor le tiene

- un mastin gruñon y viejo.
- PERICO. Mira, á ninguno le importa
si estoy serio ó no estoy serio.
- ROSA. ¿Esto es decirme?...
- PERICO. Que nadie
te da vela en este entierro.
¡Lárgate!
- ROSA. (Con sorna.) Para empezar
á obedecerte, me siento.
- PERICO. (¡Vive Dios! ¿Á que esta tonta
da en tierra con mi proyecto?)
- ROSA. Eres malo.
- PERICO. ¿Que soy malo?
No es verdad cuando tolero...
En fin, vete. No me busques
la lengua.
- ROSA. Pues lo sostengo.
- PERICO. ¡Malo yo! ¡Bueno anda el mundo!
Hay en él más gatuperios...
El que más santo parece,
es un demonio por dentro.
En donde ménos se piensa
salta un gazapo... Mas debo
callar, que en boca cerrada
no entran moscas...
- ROSA. (Burlándose.) ¡Qué discreto
estás!...
- PERICO. ¡Pues si tú supieras!...
Pero callemos, callemos.
- ROSA. ¡No estás poco misterioso!
¿Qué pasa?
- PERICO. Que es un mastuerzo
el hombre que en esta vida
es escrupuloso y bueno.
Todos van á su negocio.
El mundo sólo es severo
con los pobres...
- ROSA. (Sorprendida.) ¿Y á qué viene?...
- PERICO. Dios me entiende y yo me entiendo.
- ROSA. Si has perdido la conciencia...
- PERICO. ¡Ahora salimos con eso?
¡Conciencia! No hay de seguro

bajo la capa del cielo
cosa de que se hable más
y que se conozca ménos.
¡Conciencia! Chica, esta noche
pára en casa un usurero.
¡Don Santiago! que es un hombre
muy concienzudo y muy recto.
Con mucha conciencia presta
al ciento veinte por ciento;
con mucha conciencia quita
al deudor hasta el pellejo,
y con la sangre del pobre
va su fortuna acreciendo,
con muchísima conciencia
y muchísimo salero.

ROSA. Bien; ¿y qué? Porque haya algunos
tunantes...

PERICO. (Con lástima.) ¡Algunos! ¡Veo
que eres muy tonta! Si el mundo
es sólo un presidio suelto.
¡No hay honradez! Es mentira.
¡Ni gratitud! Sé yo un cuento...
(Conteniéndose.)
(¡Maldita lengua!) En fin, anda
con Dios.—¿Quién me mete en esto?—

ROSA. Hasta el fin nadie es dichoso.

PERICO. ¡Eh! Déjate de embelecos.
Sólo acaba mal el pobre.
¡Dinero, Rosa, dinero!

ROSA. Y en muriéndote te vas
á los infiernos derecho.

PERICO. (Con desden.)
¡Bah! No sabes de la misa
la media. Lo dicho. Tengo
unos libros que me ha dado
don Juan...

ROSA. ¡Buenos serán ellos!
¡Como libros de un hereje...

PERICO. (Con desprecio y aire de superioridad.)
¡Infeliz!

ESCENA III.

DICHOS, D. JUAN.

- JUAN. ¿Qué estais haciendo?
- PERICO. (Contrariado.)
(Otro más!)
- ROSA. Pasar el rato,
charla que charla...
- JUAN. ¿No han vuelto
los señores todavía?
- ROSA. No señor...
- PERICO. Correrá un viento
tan fresquecillo en el campo...
- JUAN. (Mirando el reloj.)
Las diez y media, y salieron
á las ocho. Mucho tardan.
- ROSA. Ya vendrán. ¿Tiene usted miedo?
- JUAN. ¿De qué? Pero no me gusta
que se estén tanto al sereno.
Hay humedad...
- PERICO. (Con intencion.) Y aunque fuese
temor ¡la verdad! no encuentro
razon para que te extrañes...
- ROSA. (Asustada.) ¡Qué! ¿sabes algo?
- PERICO. No. Pero
el año ha sido muy malo...
Hay aves de mal agüero
por estos contornos...
- ROSA. ¡Calla!
qué pensamientos tan negros
tienes esta noche.
- PERICO. Digo
la verdad. No me arrepiento.
(A Juan.) Ya vió usted que don Santiago
ni quiso arriesgar su cuerpo
ni las alforjas.
- JUAN. ¡Temores
de avaro!
- PERICO. ¡Vaya! no apruebo
eso de andar por el monte

- á estas horas... (Preparamos el campo.)
- JUAN. (Con desden.) ¡Bah!
- PERICO. El caserío está en despoblado, y luego...
- ROSA. No eres poco caviloso.
- PERICO. (Porque conviene.)
- JUAN. (Riéndose.) En efecto.
- PERICO. En fin, dicen que el cariño tiene los ojos de aumento. Perdona usted mi cuidado...
- JUAN. ¿Qué eso digas? Lo celebro.
- PERICO. Mi intencion ha sido buena...
- ROSA. ¡Jesus! De seguro sueño con ladrones.
- PERICO. No te acuestes. Bien fácil es el remedio.
- ROSA. Por no escucharte me marchó.
- PERICO. (A Juan con ansiedad.) Y usted también?
- JUAN. (Sentándose.) No, me quedo.
- PERICO. (¡Malhaya, amen, mi fortuna! No sé qué hacer...)
- ROSA. Voy corriendo á encender lumbre, no quiera tomar algo el forastero. Ya vendrán pronto...
- JUAN. Pues anda.

ESCENA IV.

PERICO y JUAN.

- JUAN. ¿Lo ves? Conseguí mi objeto. ¿No observaste qué de prisa, apenas arrugué el ceño, el bergante de Fernando tomó las de Villadiego? ¡Es que estaba decidido! Si no se larga, le meto una bala en la cabeza.
- PERICO. Pues con franqueza, lamento

que se haya marchado...

JUAN. (Riéndose.) ¡Ah, pilló!

PERICO. ¡Tengo un horror á ese neo!...

JUAN. Me temo que mi padrino
haya sabido el suceso,
porque estuvo en la comida
tan despegadote y seco...

Mas ya templará su enojo.

PERICO. Por de pronto, nos veremos
libres de aquel monaguillo.

JUAN. Y de sus muchos enredos.

PERICO. Dice usted bien.

JUAN. ¡Vaya al diablo!

PERICO. Así, sin ningun recelo,
sin que nadie me lo impida,
podré seguir aprendiendo.
Usted me dará más libros.
¿No es verdad que sí?

JUAN. Sospecho
que serán pocos, muy pocos
los que hayan salido ilesos
del *auto de fe*...

PERICO. ¡Malhaya!...

JUAN. Pero, en fin, los buscaremos.

PERICO. ¡Gracias, señor!...

JUAN. Es preciso

hacer el último esfuerzo
para romper las cadenas
del despotismo grosero.
Mientras que no se ilumine
la razon de todo el pueblo,
no puede haber en España
ni libertad ni progreso.

PERICO. Dice usted bien. ¡Fuera trabas
y fuera mentiras! Puesto
que para los hombres todo
pasa y termina en muriendo,
y es cosa que está probada
que no hay castigo ni premio...

JUAN. (Interrumpiéndole.)

¿Eh?...

PERICO. ¡Nada! Estoy decidido.

- JUAN. ¡Á gozar y hacer dinero!
Hazlo honradamente...
- PERICO. ¡Toma!
lo que importa en mi concepto
es adquirirlo...
- JUAN. (Con severidad.) Es ganarlo.
- PERICO. Sin que peligre el pescuezo.
- JUAN. Perico, tú eres muy bruto,
y ya casi me arrepiento
de haber querido enseñarte.
- PERICO. ¿Por qué?
- JUAN. Por sándio y por terco.
Te he dicho distintas veces,
y hoy lo repito de nuevo,
*que el hombre tan sólo es libre
á condicion de ser bueno.*
La razon humana puede
tanto, tan grande es su imperio,
que para ser hombre honrado
basta sólo querer serlo.
¡Desdichada criatura
la que no tiene más freno
que el temor, siempre inseguro,
de las penas del infierno!
Hay una moral que engendra
nuestro propio sentimiento;
moral puramente humana...
- PERICO. (Con desden.)
¡Qué moral ni qué ciruelo!
Pues si á pesar del castigo
que nos anuncian los clérigos,
andan las gentes y el mundo
como usted y yo sabemos,
cuando hayan perdido todos
la religion y el respeto,
¿habrán de hacer por sí mismos
lo que obligados no hicieron?
¡Cá! No señor. ¡Esa es grilla!
No me venga usted con eso.
El que más pone, más pierde,
y lo que es yo...
- JUAN. (Interrumpiéndole.) ¡Majadero!

¿y la razon? ¿Dónde hay guia más seguro?

PERICO. (Con intencion.) ¡Ya! Me acuerdo de una ocasion en que fuimos varios mozos de bureo.

Á la sombra de una encina formamos corro contentos y alegres. Hicimos lumbre, aliñamos un cordero, y como buenos amigos nos pusimos á comerlo.

—¡Qué duro está!—exclamó el uno:— y otro contestó:—No es cierto; si parece una manteca.—

—Tendrás los dientes de perro;— dijo otro: y añadió un cuarto:

—Quien diga que no está tierno, miente y remiente.—Y entónces se armó tal pronunciamiento, que ya la funcion dichosa fué una merienda de negros.

—¡No está duro!—¡Sí está duro!

—¡Toma!—¡Daca!—Y anduvieron los cacharros por los aires, los valientes por los suelos; y no sacamos en limpio, ni á costa de nuestros huesos, qué tal estaba el guisado. ¡Y lo estábamos comiendo! que la razon...

JUAN. (Interrumpiéndole.) No me gusta tu modo de hablar, y observo que tienes malas entrañas.

PERICO. ¡Ah! no señor; no las tengo. He pasado muchas hambres, he sufrido mil desprecios, he trabajado lo mismo que el borrico de un yesero; pero todas mis desdichas las soportaba en silencio, hasta que usted y sus libros abrir los ojos me han hecho.

Ya no sufro más, ¡caramba!
¡ya no sufro más!

JUAN. No creo...

PERICO. Y puesto que es esta vida
el solo bien que tenemos,
¡a gozar de ella!

JUAN. Repara...

PERICO. (Animándose.)
Todo es inútil: no cejo.

JUAN. (Riéndose.)
¡Ilusiones! ¡Tonterías!
No lo extraño. Estabas ciego,
y al herirte de repente,
la luz turbó tu cerebro.
El pueblo, que es ignorante,
que está en tinieblas envuelto,
¡cuán rápidamente pasa
desde un extremo al opuesto!

PERICO. Es decir ..

JUAN. Dentro de un poco
más claramente irás viendo,
hasta que al cabo consigas
ordenar tus pensamientos.
Y á Dios. Esperar quisiera,
pero á mi pesar me duermo,
y voy á ver si estudiando
logro entretener el sueño.
Avísame en cuanto lleguen,
porque dando al otro extremo
de la casa el cuarto mío,
me es imposible saberlo.

PERICO. ¡Si duerme usted donde Cristo
dió las tres voces! Y...

JUAN. Vuelvo

á encargarte que me avises.

PERICO. Vaya usted tranquilo: harélo.

ESCENA V.

PERICO, con la mayor agitacion.

¡Gracias á Dios que me dejan

á mis anchas! ¡Acabemos!
—Deseaba que saliesen,
y temia al mismo tiempo
que se marcharan. ¡Qué extraña
incertidumbre! No quiero
y quiero. ¡Dentro de mí
hay otro yo! ¿Será el miedo?

(Avanzando.)

¡Adelante! Ante ese armario
que me está incitando, siento
arder la sangre en mis venas
y herizárseme el cabello.

(Avanzando todavía más, despues de un momento de
reflexion.)

¡Valor!... El plan es seguro.
Cuando el galan esté dentro,
alarmo á todos, acuden
á mis gritos, yo le dejo
escapar, ven una sombra...
y por no ser descubiertos,
ella y él tendrán cuidado
de callar... ¡Ánimo! Cierro

(Dirigiéndose á la puerta de entrada.)

la puerta no me sorprendan,
que hace poco estuve expuesto...

(Despues de haber cerrado, saca del bolsillo de su
chaqueta una navaja, y se dirige resueltamente a
armario.)

Ya por aquí estoy tranquilo.

Sólo estoy... (vacilando.) ¡Y qué?... Me temo
á mí mismo. ¡Si pudiera
dar el avance, y no verlo!...

Mas ¿por qué dudo?

(Se arroja precipitadamente y fuera de sí sobre el
armario, procurando forzar la cerradura con la hoja
de su navaja; pero de pronto se detiene espantado.)

¿Yo, un robo?...

(Volviendo de nuevo, y con redoblado ardor á su
faena.)

¡Bah! ¡bah! ¡bah! ¡bah! No es su dueño
ningun santo. ¡Un prestamista!...

Dice un antiguo proverbio:

«*Quien roba á un ladrón...*» Ya cede el pestillo...

(Abre ávidamente las puertas del armario, y se lanza como un loco sobre las alforjas, registrándolas con mano trémula é insegura, hasta que al fin por medio de una transición violenta, cierra la puerta de golpe, retrocede y dice:)

No! No puedo!

Cuarenta años de honradez perdidos... Qué estoy diciendo?

(Animándose otra vez.)

Cuarenta años de miseria y á la esclavitud sujeto!

¿Qué aguardo? ¿No viven otros tan orondos y tan huecos

á pesar de sus usuras, latrocinios y adulterios?

«La propiedad es un robo,»

dice el libro... ¡Pues robemos!

Si hay Dios, que venga y lo impida.

(En el momento de aproximarse al armario, Fernando se asoma por entre los hierros del balcón, disponiéndose á saltar.)

ESCENA VI.

PERICO, FERNANDO.

FERN. (Penetrando.)

¡Perico aquí? Salto y entro.

PERICO. (Volviéndose sobresaltado al oír el golpe.)
Ah!

FERN. ¿Te has asustado?

PERICO. ¡Toma!

Si entra usted como un espectro.

Tan de sopetón!

FERN. ¿Qué quieres?
el balcón estaba abierto...

¿Y tus amos?

PERICO. Han salido.

FERN. ¿Adónde?

PERICO. Á dar un paseo.

FERN. ¿Á estas horas! Pues creía

que estuviesen ya durmiendo.
Por eso he venido...

PERICO. (Con inquietud.) (Vamos á cuentas, Perico, que esto es grave. Cierro la puerta para no ser descubierto, y cuando estoy más seguro, cuando por todo atropello, este hombre...)

FERN. (Observándole.) Pero ¿qué tienes?

PERICO. (Temeroso.) (¿Será un aviso del cielo?)
Nada.

FERN. Pues si te has quedado como una estatua de yeso, descolorido é inmóvil al verme entrar...

PERICO. No lo niego.
El susto...

FERN. ¡Pobre muchacho!
Mas no perdamos el tiempo;
y ya que no están en casa,
la ocasion aprovechemos.
¿En dónde podré ocultarme?
Tú me dirás...

PERICO. (Con solemnidad.) Un momento.
¿Lo ha pensado usted?

FERN. De sobra;
y estoy resuelto...

PERICO. ¿Resuelto
á hacer una picardía?

FERN. Á realizar mis deseos.

PERICO. ¿Y la amistad?

FERN. No se trata
de la amistad.

PERICO. ¿Y el afecto
que en esta casa le tienen?

FERN. Lo primero es lo primero.

PERICO. ¿Y Dios?

FERN. Mira, no te canses
ni prediques en desierto.
El hombre que no utiliza
las circunstancias, es necio.

- y tonto de capirote.
- PERICO. (Con resolución.)
¿Sí? Pues admito el consejo.
- FERN. Pero los momentos pasan
y me parece indiscreto
estar con tanto descuido
cuando pueden sorprendernos.
¿En dónde me oculto?
- PERICO. (Abriendo la puerta del cuarto disimulado en la
pared.)
En este
escondite.
- FERN. ¿Y no habrá riesgo?
- PERICO. Ni por asomo. La puerta,
como ve usted, es de hierro,
y son tan fuertes los muros,
que si usted tiene un acceso
de tos, ó mueve algun ruido,
no percibirán...
- FERN. (Alegremente.) ¡Soberbio!
Aquí me escondo.
(Entrando en el escondite.)
- PERICO. (Cerrando la puerta de golpe.)
Pues buena
fortuna.

ESCENA VII.

PERICO, dirigiéndose precipitadamente al armario, con decision
y energía.

¡Soy un zopenco!
¡Ha de ser más atrevido
que yo?... Mis temores venzo.
¡Fuera escrúpulos!
(Abriendo el armario y guardándose ávidamente los
cartuchos de onzas en los bolsillos de la chaqueta.)
¡Este oro
es mio! Con él me quedo.
*El hombre que no utiliza
las circunstancias, es necio.*
No, no lo seré. ¡Adelante!

¡Don Fernando es mi maestro!

Lo que los libros afirman,

él prueba con el ejemplo.

(Después de haberse guardado los cartuchos y cerrado el armario, se dirige á abrir la puerta de la habitación)

Abramos... ¿No estoy temblando?

¡Tonto de mí! ¿Por qué tiemblo?

Los dos somos del oficio.

Él de honras; yo de dinero.

¿Por qué me apuro? Ladron
por ladron, yo lo soy ménos.

ESCENA VIII

PERICO, trémulo y turbado, haciendo esfuerzos para disimular
su agitacion, D. ANTERO.

PERICO. (Con voz ronca, prestando atencion, como si oyese
pasos.)

Quién va?

ANTERO. (Entrando.) Yo soy. ¿Te parece
bien lo que haces?

PERICO. (Confundido y aterrado.) ¿Qué?...

ANTERO. Te advierto

que tomaré mis medidas.

PERICO. (Con la mayor agitacion.)

(¡Perdido estoy sin remedio!)

ANTERO. ¿Es regular que á estas horas
contra mi mandato expreso,
esté sin cerrar la puerta
del parque?

PERICO. (Recobrando su tranquilidad.)

(¡Respiro!) Cierto...

Perdone usted: me he olvidado...

ANTERO. Por hoy la falta dispenso...

PERICO. (¡Qué cobarde es el delito!)

ANTERO. Pero si ocurre...

PERICO. Prometo

no descuidarme otro día.

Ni sé cómo...

ANTERO. Así lo espero.

¿Está en casa el señorito

Juan?

PERICO. En su cuarto leyendo.

ANTERO. Dile que venga.

PERICO. En seguida.

(No sé qué inquietudes llevo.)

ANTERO. No tardes.

PERICO. (Marchándose.) (Por lo que pueda pasar, estaré en acecho.)

ESCENA IX.

D. ANTERO, inquieto.

Sentándose.

¡No más! ¡No más! Sufro mucho,
y ya la razón me sobra
para acallar la zozobra
conque hace seis horas lucho.
Horas sin fin que maldigo
de incertidumbre y mareo;
horas ¡ay! que no deseo
ni á mi mayor enemigo.
¿Qué quiere dar á entender
en esta carta Fernando?

(Sacándola del bolsillo y leyéndola con detención reflexiva.)

«Puesto que estoy estorbande,
me voy para no volver...»

—Estorbar... ¿Y á quién?... Se abrasa
mi frente.—¿Qué ha sucedido?

(Leyendo de nuevo.)

«Siento no haberlo sabido
por el dueño de la casa.

Pudo usted hablarme á solas
sin el temor de un desman,
y evitar al pobre Juan
la farsa de las pistolas.

Este proceder quizás
hubiera sido más digno.

Mas ¡paciencia! Me resigno,
no soy yo quien pierde más.

Ni me quejo ni me espanto;
está conocido el juego.
De seguro siendo ciego
no hubiera *estorbado* tanto.»—
¿Qué es esto? ¿Qué puede haber
aquí? No sé... No comprendo...
Digo mal: ¡lo estoy leyendo
y no quiero comprender!
¿Será que ese tarambana
de Juan, perdido el respeto,
se atreva?... Me trae inquieto
el lance de la ventana.
Su incrédulo desenfado
en contra suya previene.
Y esas ideas... (Reflexionando.)
Conviene
apartarle de mi lado.
La edad le corregirá,
sinceramente lo espero;
pero entre tanto no quiero
tenerle cerca... (Viéndole aparecer.)
Aquí está.

ESCENA X.

D. ANTERO, JUAN.

- JUAN. (Entrando.)
(¿Qué me querrá?) ¡Bien venido!
Tantas horas al sereno...
- ANTERO. (Friamente.)
¿Y qué importa?
- JUAN. (Cariñosamente) Eso no es bueno.
- ANTERO. (En el mismo tono.)
Viejo soy; harto he vivido.
- JUAN. No; pues no me satisfago
con eso.—¿Dónde está Irene?—
- ANTERO. (Receloso.)
(Su primer pregunta...) Viene
ahí detrás con don Santiago.
- JUAN. ¡Ah! Si es así, nada digo.
- ANTERO. (Con gravedad.)

Ya que he llegado el primero,
sentémonos, porque quiero
hablar á solas contigo.

JUAN. (Sorprendido)
Conmigo? No sé qué asunto
puede haber. .

ANTERO. (Severamente.) Sólo te toca
contestar.

JUAN. (Picado.) Coso mi boca,
y pregunte usted.

ANTERO. Pregunto.
¿Por qué has roto la amistad
que te ligaba á Fernando?

JUAN. (Con ira.) Ya sospechaba!...

ANTERO. Te mando
que me digas la verdad.

JUAN. (Ofendido.) Bien puede usted suprimir
ese mandato.

ANTERO. (Irritándose.) Sostengo
lo dicho.

JUAN. Es que yo no tengo
la costumbre de mentir.

ANTERO. (Reprimiéndose con dificultad.)
Por Cristo!...

JUAN. (Alterado.) Siempre ha de haber
un chismoso entrometido...

ANTERO. Qué causas han influido
en tu grave proceder?

JUAN. Se extraña usted de que salde
mis cuentas con él? Pues sepa
usted que doy esa plepa,
si hay quien la quiera, de balde..

ANTERO. De qué le acusas?

JUAN. ¿De qué?

¿Por qué no he de ser sincero?
De hipócrita, de embustero,
sin corazón y sin fe.

No sabe usted bajo el manto
de su humildad lo que encierra.

¡Si es capaz de dar en tierra
con la paciencia de un santo!
Siempre astuto y fementido,

no hay hecho que no comente,
discordia que no acreciente,
ni expresion que dé al olvido.
Con un estudio profundo
finge ser como una malva,
para vivir á mansalva
sin que le desprecie el mundo.
Es, en fin, un impostor
que va á su asunto derecho,
dándose golpes de pecho
para engañarnos mejor.
Uno de tantos bribones
como en todas las edades
deshonran las sociedades
y explotan las religiones.
Enemigos de la luz,
perdone usted el vocablo,
á quienes sorprende el diablo
siempre detrás de la cruz.

ANTERO. (Secamente.)

¿Y qué?

JUAN. ¿No hay causa sobrada?...

ANTERO. Hace rato que te escucho
y has hablado mucho, ¡mucho!
para no decirme nada.
No estamos averiguando
si es por cálculo devoto.
Te pregunto por qué has roto
tu relacion con Fernando.

JUAN. No basta lo dicho?

ANTERO. No.

JUAN. ¿Ni haber lanzado á la hoguera
mis libros?

ANTERO. Su deber era,
porque lo dispuse yo;
órden expresa le dí...

JUAN. Cierto. Pero me parece...

ANTERO. ¿Por qué, si el hecho te escuece,
no te has vuelto contra mí?

JUAN. Y eso dice usted, padrino?

¿Me juzga usted tan villano?

ANTERO. (Con severidad.)

¿Qué vale el respeto humano
para quien rompe el divino?
Méenos que nada.

JUAN. (Amargamente.) ¡Es cruel
lo que usted dice!

ANTERO. (Asperamente.) Contesta
sin más rodeos.—¿Es esta
la queja que tienes de él?—

JUAN. Recuerde usted la cuestion
que armó,—ya que á cuento viene—
porque quise dar á Irene
un ramo por el balcon...

ANTERO. (Interrumpiéndole, fuera de sí.)
¡Ira de Dios! ¡Y aún querrás
disculparte?

JUAN. ¡Es un malvado!

ANTERO. (Con creciente ira.)
¿Es decir que te ha agraviado
su perspicacia quizás?

JUAN. Su mirada aviesa y torva
que está siempre...

ANTERO. No concluyas.

¿Qué intenciones son las tuyas
cuando un amigo te estorba?

JUAN. Si usted juzga mis acciones
de ese modo...

ANTERO. ¡Calla, calla!
Si no reconocen valla
tus vicios ni tus pasiones;
si tu loco frenesí
á ningun respeto cede...

JUAN. Pero atienda usted...

ANTERO. ¿Quién puede
estar seguro de tí?

JUAN. Se altera usted sin razon.

ANTERO. Sé muy bien lo que me digo.
Vas á escribir á tu amigo...

JUAN. (Alterado.) ¡Yo!

ANTERO. Y á pedirle perdon.
Pronto verás como allano
soberbia tan excesiva.
Le escribirás.

JUAN. (Con indignacion.) ¿Que le escriba?
¡Antes me corto la mano!

ANTERO. ¿Rechazas mi autoridad?

JUAN. No me queda otro camino.
Mi vida es de usted, padrino;
pero no mi dignidad.
Mándeme usted...

ANTERO. (Lleno de cólera.) ¡Qué osadía!
Esto el límite traspasa,
y no tolero en mi casa
más voluntad que la mía.

JUAN. Siento mucho...

ANTERO. ¡Nada más!
Toda observacion es vana.
Mañana mismo, mañana
á París regresarás.

JUAN. Repare usted...

ANTERO. ¡Basta, digo!
Y mi proteccion no pierdes,
porque quiero que recuerdes
lo ingrato que eres conmigo.

JUAN. (Desesperado.)
Si es por eso, la rechazo;
porque es público y notorio...

ESCENA XI.

D. ANTERO, JUAN, IRENE, D. SANTIAGO.

SANT. (Entrando con Irene.)
Aquí está don Juan Tenorio
con su conquista del brazo.

ANTERO. (Á Juan.) ¡Silencio!

IRENE. (En tono de burla.) Señor galan,
es usted poco discreto.

SANT. Yo soy un hombre que espeto
la verdad al Preste Juan.

IRENE. Es que escucha mi marido:
usted en nada repara...

SANT. ¡Bravo, bien!

(Riéndose y observando á D. Antero.)
Jesus, qué cara!

Puede que te hayas creído...
Pero juzgarás muy mal
si piensas...

ANTERO. (Suavizando la expresión de su fisonomía.)
¡Qué disparate!

Ya estás fuera de combate,
desdichado carcamal.

SANT. (Picado.) ¡Hombre, no tanto! Sé yo
de muchas... Pero no quiero.

ANTERO. Que buscarán tu dinero.

SANT. Y mi cariño...

ANTERO. ¡Eso no!

Si ya no estás de recibo.

SANT. (Alegremente.) ¡Cómo te burlas de mí!
Juan, ¿qué te parece?...

JUAN. (Distraído.) Sí.

SANT. (Observándole.) Grave estás y pensativo.
¿Qué pasa?

JUAN. (Ásperamente.) ¿Qué ha de pasar?

SANT. ¡Vaya una cara de palo!

¿Estás malo?

JUAN. (Con violento disgusto.)

No estoy malo,
ni tengo ganas de hablar.

SANT. (Esta criatura embiste
como un novillo) Perdona.

ANTERO. Mañana nos abandona
y es natural que esté triste.

IRENE. ¿Se va?... (Sorprendida.)

SANT. Dejar el país
así tan de pronto, cuando
apénas...

ANTERO. Le están llamando
las clínicas de París.
La humanidad que padece
exige...

IRENE. (Inquieta.) ¿Qué ha sucedido
aquí?...

ANTERO. Ya está decidido.

SANT. (Á Juan.) ¿Y eso, chico, te entristece?

JUAN. (Siempre ásperamente.)

¿Y quién dice?...

SANT.

Si á mi ver,
Paris en su centro encierra
cuantos goces en la tierra
puede el hombre apeteer.
Verdad es que cuesta caro...
Mas ya tu temor infiero.
¿Llevas poco trigo?

(Acercándose á Antero con tono suplicante. Durante este diálogo Irene se aproxima á Juan y hablan en voz baja, dando frente al armario.)

¡Antero,

por Dios! No seas avaro.
¡Cómo ha de pasar el chico...

ANTERO. (Sorprendido.)

¡Hombre! Tu lengua reporta.

SANT. (Insistiendo.)

Si estás sin fondos, no importa.
Doscientas onzas y pico
hay en ese armario...

ANTERO. (Incomodado.)

Siento

mucho...

SANT.

Tu aprension me enfada.

Esto entre amigos no es nada;
me das un doce por ciento...

ANTERO. (De mal humor, sin apartar la vista de Juan é Irene.)

Ni busco ni solicito
dinero...

SANT.

En momentos graves,
mi bolsa es tuya, ya sabes. .

ANTERO. (Irónicamente.)

¡Mil gracias!

SANT. (Con dignidad cómica.) No las admito.

ANTERO. (Inquieto.)

(¡Cuánto hablan! Es necesario
saber...)

SANT.

(Observando á Juan, que de vez en cuando, por la posición que ocupa, fija sus ojos distraidamente en el armario.)

¿No ves? ¡Pobre Juan!

Aunque calla, se le van
los ojos tras el armario.

(Acercándose a él y tocándole en el hombro con aire de maliciosa protección.)

¿Eh? Si echáramos la red
barredera, ¡qué algazara!
Otro gallo te cantara...

JUAN. (Separándose de él rudamente y volviéndole las espaldas.)

¿Y á mí qué me cuenta usted?

SANT. (Confuso y paralizado.)

(¡No está poco zahareño
el niño!...) Tanto te excedes,
que...

JUAN. (Sin hacerle caso.) Con permiso de ustedes
me retiro. Tengo sueño.
Muy buenas noches.—Adios,
Irene.—

ESCENA XII.

D. ANTERO, IRENE, D. SANTIAGO.

SANT. (Sorprendido.) ¿Estará borracho?
Es que gasta este muchacho
un genio, que acá *inter nos*,
parece de mal indicio.
Esa inquietud que le agita...
Algo prepara y medita
que le tiene vuelto el juicio.

ANTERO. ¿Que eso digas? Es adusto,
y luego ..

SANT. (Receloso.) ¡Disculpa vana!

ANTERO. Como se marcha mañana,
es natural su disgusto.

IRENE. Pero ¿es cierto que se va?

ANTERO. (Con intención.) ¿Y lo dudas todavía?
Ya te habrá dicho...

IRENE. (Dudosa.) Creía...

SANT. Bien puede quedarse allá.

IRENE. Aún le guarda usted rencor
por lo visto...

SANT. No le guardo
ninguno. ¡Pero es un cardo!...

IRENE. Como está de mal humor...

SANT. ¿Y suele darle á menudo
ese esplin?

IRENE. Cada vez ménos.
Además tiene muy buenos
instintos.

SANT. (Receloso.) ¡Casi lo dudo!
Llevo en el alma una espina.

ANTERO. ¡Vaya una extraña sospecha!

SANT. Ya verás como aprovecha
su estudio de medicina
en París.

ANTERO. ¡Qué necedad!
No apadrines la ignorancia.

SANT. ¡Buena está en París de Francia
la dichosa facultad!

Esa escuela es un abismo
del cual, segun mi Fernando,
salen los muchachos dando
vivas al *materialismo*.

Si esto se enseña en las aulas,
temo que dentro de poco,
para tanto y tanto loco
no haya suficientes jaulas.

ANTERO. «Opuesta á la autoridad
»la juventud soñadora,

»con la sed que la devora

»de progreso y libertad,

»corre aturdida y sin tino

»por ese carril extraño;

»mas cuando palpe su engaño,

»se detendrá en su camino.

SANT. »¡Detenerse en su jornada!...

ANTERO. »¿Quién lo duda? estoy seguro.

»Su amor acendrado y puro

»á la libertad sagrada,

»ese vivo amor que hoy mismo

»su razon turba y marea,

»la detendrá cuando vea

»todo el horror del abismo.

»No lo dudo, porque sé

»que comprenderá algun dia

- »que sólo la tiranía
»arraiga en pueblos sin fe.
»—Si hoy corren ciegos en pos
»del error, ten entendido
»que como el ave á su nido
»ellos volverán á Dios.—
SANT. »¡Lo dudo!
IRENE. »No han de volver?
»Yo de estas cosas no entiendo;
»pero me lo está diciendo
»mi corazón de mujer.
SANT. »Según lo que me ha contado
»mi chico, es vana porfía
»la de intentar..
IRENE. »Algun día
»ellos tomarán estado.
»Y cuando en su honrado hogar
»vean que alegre y risueña,
»su pobre mujer enseña
»á sus hijos á rezar...
SANT. »Con sonrisa temeraria
»turbarán...
IRENE. »¡Qué insensatez!
SANT. »Yo sé que más de una vez
»terminarán la plegaria.
SANT. »Podrá ser. ¿Á qué me canso
»en polémicas ociosas?
»—Además, que en estas cosas
»hablo por boca de ganso.—
»Mi hijo Fernando, que sabe
»más que Merlin, asegura
»que no es posible hallar cura
»á una dolencia tan grave.»
ANTERO. ¡Ya!
SANT. Por mucho que te rías,
no quisiera, amigo Antero,
que tuviese mi heredero
tan perversas teorías.
ANTERO. (En tono de burla.)
¿Receloso de un desman?
SANT. Cierto.
ANTERO. (En el mismo tono.)

Quizás me condenes,
porque dejo de mis bienes
una buena parte á Juan.
Mas ¿quién teme y se acobarda?
por eso?

SANT. (Con aire incrédulo.) Tendrás razon...

ANTERO. Contra una mala intencion
tengo un ángel que me guarda.
(Señalando cariñosamente á Irene.)

IRENE. (Riéndose.)
¡Gracias!... Mas no es menester.
¡Pobre Juan!
(Á D. Santiago.) Bien se conoce
que usted.

SANT. (Mirando el reloj.) ¡Caramba! las doce.
¡Y yo que al anochecer
suelo meterme en la cama!...
¡Vóyme á dormir! Cierro el pico.

ANTERO. Que te acompañe Perico
á tu cuarto...

ESCENA XIII.

DICHOS, PERICO, que entra apresuradamente.

PERICO. (Impaciente.) ¿Usted me llama?

IRENE. ¿De dónde sales? (Sorprendida.)

ANTERO. (Tambien sorprendido.) Pero ¡hombre!...

PERICO. (¡El temor me tiene alerta!)
Al pasar por esa puerta
oí pronunciar mi nombre,
y como es tan tarde...

SANT. ¡Ya!
El sueño te vencería,
y venías...

PERICO. (Confuso.) Sí, venia
á saber...

SANT. ¡Pues claro está!
Te parece que ya es hora
de acostarse y de dormir.
—¡Y yo que quiero partir
mañana al rayar la aurora!...

- ANTERO. Será muy difícil...
- SANT. Harto lo sé...
- ANTERO. Ni juzgo que debas...
- SANT. (Á Perico.) Mira, por si acaso, llevas las alforjas á mi cuarto.
- PERICO. (Espantado.) ¡Ah! No sé lo que me pasa!
- SANT. Porque si al fin me decido, quiero marcharme sin ruido y sin revolver la casa.
- IRENE. Lo que es por eso...
- SANT. ¿Quién sabe lo que haré?
- PERICO. (Sin poder apenas dominar su agitacion.) (Pierdo mi aplomo. ¡Me falta el aliento!...)
- ANTERO. (Á Santiago.) Como gustes. (Á Irene.) ¿Dónde está la llave?
- IRENE. Tómala. (Díndosela.)
- PERICO. (Apoyándose en la pared.) (¡Me estoy ahogando!)
- SANT. Puede ser que me resuelva... (D. Antero se dirige hácia el armario; pero se detiene de pronto. Este momento es de terrible angustia para Perico. El actor necesita hacer un profundo estudio para expresar todo cuanto pasa por él sin que le venda á los ojos de los demás la violencia comprimida de su creciente agitacion.)
- ANTERO. Pero ¿cómo?... Hasta que vuelva con el caballo Fernando...
- SANT. Dices bien.
- ANTERO. No hay que pensar en ello.—Por otra parte, tampoco debes marcharte hasta despues de almorzar.—
- SANT. Y llego á Buitrago, frito.
- IRENE. Se marcha usted á la puesta de sol...
- ANTERO. Es verdad.
- PERICO. (Recobrando difícilmente su tranquilidad.) (¡Más cuesta de lo que vale el delito!)

SANT. No está mal. Pero es el caso
que aunque quisiera, no puedo...
PERICO. (Creí encanecer de miedo.
¡No más! Salgamos del paso.)
SANT. Ya lo pensaré en la cama.
PERICO. (Impaciente.) ¡Vamos!
SANT. El sueño me acosa.
IRENE. Pues buenas noches.
ANTERO. (Á Perico.) Dí á Rosa
que quiere acostarse tu ama.
Házla venir.
IRENE. No te olvides.
PERICO. (Acompañando á D. Santiago.)
(¡Por fin, salí del aprieto!)

ESCENA XIV.

IRENE, D. ANTERO.

IRENE. Sabes que acato y respeto
cuanto mandas y decides.
Mas ¿qué razon de importancia
verdadera, te precisa
á disponer tan de prisa,
la vuelta de Juan á Francia?
¿Por qué con el pobre estás
tan áspero y tan severo?
ANTERO. (Inquietándose.)
Porque es justo, porque quiero,
y no me preguntes más.
IRENE. (Insistiendo.) Me extraña tanto rigor,
y es posible que te excedas...
ANTERO. (Cada vez mas alterado y receloso.)
Si me estimas, no intercedas
por él. ¡Es mucho mejor!
IRENE. (Sin sospechar.)
Es que está desesperado,
y me parece un capricho...
ANTERO. (Fuera de sí.)
Irene, lo dicho, dicho.
No quiero ser contrariado.
IRENE. (Riéndose.)

Por más que arrugues el gesto,
difícil es que me niegues...

ANTERO. Cuanto más pidas y ruegues,
me hallarás ménos dispuesto.

IRENE. Pues no alcanzo la razon...

ANTERO. Yo, sí, y ¡basta!

ESCENA XV.

DICHOS, ROSA.

ROSA. (Entrando.) ¿Señorita?

IRENE. (Séria.) Esa frase necesita
y exige una explicacion.

ANTERO. No te concedo el derecho
de convertirte en mi juez.
—Hoy por la postrera vez
duerme Juan bajo mi techo.—
Mi decision es formal.

IRENE. Pero...

ANTERO. (Marchándose áseramente.)
¡Cesa en tu porfía!

ESCENA XVI.

IRENE, ROSA.

ROSA. (Maliciosamente.)
¡Nada! Lo que yo temia...
¡No hay cosa más natural!

IRENE. (Pensativa.) ¡Jesus! Vaya un arrebató...
¿Y por qué?

ROSA. ¡Ya está entendido!
Porque el amo ha conocido
donde le aprieta el zapato.

IRENE. (Sin darse cuenta de lo que oye.)
No comprendo...

ROSA. La verdad:
son muy justos sus temores.
Tantos ramitos de flores,
tanta y tanta intimidación,
motivos sobrados son

- para sospechar...
- IRENE. (Comprendiendo.) ¡Refrena
tu lengua!...
- ROSA. ¡Y usted, tan buena,
sin comprender su intencion!...
- IRENE. (Cada vez más maravillada.)
¡Cómo! Recela de Juan
mi esposo?...
- ROSA. No sin motivo.
¡Siempre está tan persuasivo
con usted y tan galan!
- IRENE. Siendo lo que son los dos
piensan con tan mal consejo?
- ROSA. (Con resolucion.)
Que no hará caso de un viejo
quien hace burla de Dios!
- IRENE. ¡Calla! Que me causa enojos
tu insolencia.—Seré esclava
de mi deber.—Ciega estaba
y me has abierto los ojos.
- ROSA. No son aprensiones mías...
- IRENE. Sé que Juan es inocente;
pero es justo y conveniente
evitar habladurias.
Ya no debo vacilar:
que salga de España luego.
Lo que importa es el sosiego
y el respeto de mi hogar.
- ROSA. Por el bien de usted lo digo,
que cuando el peligro asoma,
es bueno...
- IRENE. (Con autoridad.) ¡Ya basta! Toma
la luz, y vente conmigo.
(Coge Rosa la luz y entra con Irene en la habita-
cion de la izquierda. El teatro queda por breves mo-
mentos solo y á oscuras. Poco despues abre Fernando
sigilosamente la puerta de su escondite y entra en
escena.)

ESCENA XVII.

FERNANDO, saliendo.

Cesó el rumor... Ya no hay nadie.
Ya las gentes de la casa
se han recogido. Estoy solo.
¿Qué temo? ¡Valor y audacia!
¡Qué tarde es ya! Por lo mismo
que mi impaciencia era tanta,
pensé que toda la noche
iba á estar en esa jaula.

(Acercándose á la alcoba de Irene.)

¡Ese es su cuarto! La luz
que por las rendijas pasa
me guía... (Dudando.)

¿Si estará sola?

Escucharé.

(Poniéndose al lado de la puerta y prestando atención. Cuando más preocupado parece, oyes de pronto la campana de la quinta, que suena violentamente.)

¡La campana

de la quinta! ¡Me han vendido!...

¿Qué hacer?

(Preparando las pistolas, presa de la más horrorosa agitación.)

¡Aquí están mis armas!

ESCENA XVIII.

FERNANDO, lleno de la mayor inquietud, al lado de la puerta de la alcoba. ROSA, saliendo con una luz que apaga Fernando de un soplo, ántes de que la criada haya podido verle.

ROSA. (Saliendo sobrecogida.)

¡Señor! ¿Qué es esto?

(Fernando apaga la luz.) ¡Ah!

FERN.

(Las sombras

me amparen.)

ROSA.

(Fuera de sí.) ¡Jesus! Quién anda...

¡Socorro! ¡Ladrones!

FERN. (Esto
se complica.)
ROSA. (Gritando.) ¡Favor!
(Fernando sujetándola por el brazo, y en voz baja y
suplicante.)
FERN. ¡Calla
por Dios!
ROSA. (Cada vez más angustiada.)
¡Favor!
FERN. (Aturdido.) (¡No hay remedio!
Venderé mi vida cara.)

ESCENA XIX.

DICHOS, IRENE, aterrorizada.

IRENE. ¡Dios mio!... ¡Rosa!... ¿Qué ocurre?
— ¡Sin luz aquí!
ROSA. (Oyéndola, y con la mayor consternación.)
¡Que me matan!
FERN. (Soltándola.)
(Aturdido estoy.
(Palpando por las paredes.)
No acierto
con el balcon.)
IRENE. (Asustada.) ¡Virgen santa!
¡Rosa! (Llamando.)
ROSA. (Con voz ahogada.) ¡Socorro!
IRENE. (Gritando también.) ¡Ladrones!
FERN. (Bajando la voz hasta desfigurarla.)
Irene, si aquí nos hallan,
nos perdemos para siempre
y comprometes tu fama.
(Irene dominada por el terror, cae sin sentido junto
a la puerta del fondo al oír las palabras de Fer-
nando.)

ESCENA XX.

D. ANTERO, á medio vestir, en la mayor agitacion; IRENE, desmayada; ROSA, sobrecogida de espanto; D. Antero, tropieza al entrar en el cuerpo de Irene, se inclina para reconocerla, y exclama horrorizado:

ANTERO. ¡Muerta! ¡Muerta!

FERN. (Si encontrase la salida...)

ROSA. (Huyendo.) ¡Quién me ampara!
¡Ladrones!

ESCENA XXI.

D. ANTERO, IRENE, FERNANDO, buscando la salida del balcón.

ANTERO. (Inclinado sobre el cuerpo de Irene.)

¡Esposa mía!

(Fernando tropieza en un mueble, se aparta, y va a dar en el sitio en que está D. Antero, el cual le detiene diciendo:)

¡Quién anda aquí?... ¡No te escapas!

(Sujetándole.)

¡Ladron, asesino!

(Empénase una lucha silenciosa entre Fernando y D. Antero, en la cual toda la ventaja es del primero por las condiciones de edad y de actitud. En uno de los violentos esfuerzos que hace éste para desasirse, escapásele de la mano, disparándose una pistola.)

ANTERO. (Soltando á Fernando.)

¡Luces!

FERN. (Apurado.)

(¡Oigo pasos!... ¡Malhadada pistola... Gracias al diablo,

(Acertando con el balcón y saltando por él.)
que he dado con la ventana.)

ESCENA XXII.

DICHOS, IRENE, desmayada; D. Antero buscando á tientas; D. SANTIAGO, á medio vestir, que sin detenerse, corre presuroso hácia el armario, gritando como un loco; PEDRO, que entra al mismo tiempo, con una luz y la escopeta.

SANT. ¡Ladrones!... ¿Y mi dinero?
¿Y mi dinero?

(Viendo que las puertas del armario se abren sin violencia y registrando las alforjas con la mayor desesperacion.)

¡Oh, desgracia!

ANTERO. (Llamando á Perico, el cual deja la luz y le ayuda á levantar á Irene.)

¡Perico, aquí!

PERICO. (Calmando su afliccion.) ¡Es un desmayo!

SANT. (Con cómico desconsuelo.)

¡No me han dejado una blanca!

Me han perdido.

ANTERO. (Cariñosamente.) Irene mía,
vuelve en tí.

IRENE. (Con voz débil.) ¡Jesus!

ANTERO. (Á Perico.) Trae agua.

Corre...

PERICO. (¡Cómo disimula!)

¡Ya voy! (Mujer más taimada!...

Finge un desmayo...)

ESCENA XXIII.

DICHOS, JUAN, poco despues PERICO con un vaso de agua.

JUAN. (Agitado.) ¡Padrino!

¿Qué sucede? Cuando estaba
en lo mejor de mi sueño...

ANTERO. (Alterado.) Corre á ver si los alcanzas...

JUAN. ¿Á quiénes? (Sorprendido.)

(Perico vuelve con el agua, acercándose á D. Antero é Irene.)

SANT. (Compungido.) ¡Juan! Me han robado.

Hay que avisar á la Guardia

civil...

IRENE. (Volviendo en sí.) ¿Dónde estoy, Dios mío!

ANTERO. (Calmándola.) No temas.

SANT. (En el mismo tono.) ¡Onzas de mi alma!

ANTERO. Soy yo. Tu esposo. (Á Irene.)

JUAN. ¡Por Cristo!

¿Qué es esto?

ANTERO. Quiero que vayas
en su busca.

PERICO. Será en vano.

¿Dónde estará cuando salga?

SANT. ¿Era uno solo? (Con interés.)

PERICO. Tal creo.

Yo vi cruzar un fantasma
por el jardín...

IRENE. (Reflexionando.) No, no hay duda.

JUAN. (Con resolución á Perico.)

¡Dame la escopeta!

IRENE. (Deteniéndole.) ¡Aguarda!

Ese hombre no es un malvado
vulgar. Sus mismas palabras...

ANTERO. ¿Qué dices? (Con afán.)

IRENE. Estoy segura

de que nos conoce y trata.

PERICO. (Miren por dónde se apea;
y si es...)

IRENE. Cuando acongojada
socorro á voces pedia,
él con voz trémula y baja,
que no es la voz de un bandido,
me dijo: «Si aquí nos hallan
para siempre nos perdemos
y comprometes tu fama.»
No habla un ladrón de ese modo.

ANTERO. (Recapacitando.)

Cierto, y tampoco dispara
una pistola en poblado
por no producir alarma.

JUAN. (Con interés.)

¿Ha estado usted tan expuesto?

ANTERO. Dios me ha salvado por gracia
especial, que sentí el frío

de la pistola en mi cara.
PERICO. (No me llega la camisa
al cuerpo.)
SANT. (Ardorosamente, paseándose á largos pasos por la ha-
bitacion.)

¡Claro! Aquí hay trampa.
No andará el ladron muy lejos.
Ninguna persona extraña
sabía que en el armario
mis pobres onzas se hallaban.
Esto indica... ¡Una pistola!
(Trozando con la pistola del suelo y cogiéndola.)
ANTERO. (Con ansiedad.) ¡Dame! Tal vez nos dé traza...
(Reconociéndola, y con el mayor asombro, á Juan.)
¡Es tuya!

JUAN. (Sobrecogido.) ¡Mia!
SANT. (Espantado.) ¡De Juan!
IRENE. (Horrorizada.) ¡Tuya!

PERICO. (¡La cuestion se enzarza!)
JUAN. (Agitado.) Yo diré á usted!...
ANTERO. (Con indignacion dificilmente contenida.)

¡Habla pronto!
SANT. (Fuera de sí.) Ahora comprendo sus malas
respuestas, y los ojazos
que en el armario clavaba...

ANTERO. (Dirigiéndose á Santiago con autoridad.)
¡Eh! Silencio!... (Á Juan.) La pistola
está recién descargada
y es tuya.

JUAN. (Aturdido.) Sí.

ANTERO. Y en peligro
me he visto...

SANT. ¡Miren si es ganga
la de nombrar heredero
á un muchacho sin entrañas
ni religion...

JUAN. (Fuera de sí, amenazándole.) ¡Miserable!

ANTERO. (Deteniéndole con energia.)
No es ocasion de bravatas.

JUAN. ¿No ve usted?... (Lleno de ira.)

ANTERO. ¿Qué extraño tiene
que Fernando te estorbara?

- JUAN. ¡Pues él ha sido! (Con vehemencia.)
SANT. ¿Qué dices?
JUAN. Yo le he prestado mis armas.
ANTERO. ¡Torpe calumnia!
JUAN. Lo juro
por la memoria sagrada
de mi madre.
SANT. ¡Mientes, mientes!
PERICO. (Lleno de indignacion.)
(¡Y esa mujer que no habla!)
JUAN. Oiga usted!
ANTERO. (Á Juan.) ¿Eran ensayos
para asaltar esta estancia
tus juegos de hoy?
JUAN. (Cada vez más aturrido.) Si no acierto...
ANTERO. Con mano traidora y falsa
has atentado á mi vida
y al respeto de mis canas...
JUAN. (Fuera de sí.)
Juro que usted se equivoca
por Dios que nos oye...
ANTERO. (Cada vez más frenético.) ¡Basta!
¡Ateo!... Dime, ¿y no sabes
con hombres de tu calaña
lo que se hace?
SANT. (Con desprecio.) Se los echa
á presidio...
ANTERO. (Apoderándose de la escopeta de Perico, y apuntán-
dole, lleno de cólera.)
¡Se los mata!
PERICO. (Sin poder contenerse, interponiéndose y sujetando á
D. Antero.)
¡Eso nunca!
SANT. (Deteniéndble tambien.) No merece
morir á manos honradas
un ladron...
ANTERO. (Forcejeando.) ¡Un parricida!
IRENE. Perdónale. (Arrojándose á los pies de D. Antero.)
JUAN. (Cayendo desplomado como una masa inerte.)
¡Dios me valga!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo. Sobre algunas sillas, cabás, cestas y otros utensilios de viaje.

ESCENA PRIMERA.

IRENE.

Cuanto más recapacito
mi incertidumbre es más grande.
Todo le condena, es cierto;
y á pesar de eso, no es fácil
que me convenza. ¡Él ladrón!
¡Él un asesino infame!
Aquí hay algo que no entiendo.
Es imposible que cambie
el corazon de ese modo,
y que un hombre se degrade...
La confusion de Perico
me da que pensar bastante.
—Dicen que por estos montes
andan varios criminales.
Tal vez de acuerdo con ellos...
¡Eso es!—Mas por otra parte,
Juan acusaba á Fernando.
Si han roto sus amistades
¿quién le ha dicho?... ¡No lo creo!

Aunque el amor le arrastrase,
no se explica el robo... ¡Claro
que no!... ¡Robar á su padre!...
Esto no tiene sentido.

—Sin embargo, aquel lenguaje
del ladron... Tal vez podria
ser un ardid... ¡No es probable!
¡Oh! Si Antero no quisiese
con tanto empeño marcharse,
puede que al fin...

ESCENA II.

IRENE, D. ANTERO, pensativo.

ANTERO. ¿Ha llevado

Perico los equipajes?

¿Está preparado todo?

IRENE. Hace dos horas.

ANTERO. Ya sabes
que llega el tren á las cuatro
á no ocurrir un percance.
Santiago llevó la carta
para don Pedro Gonzalez,
que nos mandará su coche
á las tres, ó quizás ántes.

(Mirando el reloj.)

Son las dos.—No te descuides
ni al postrer momento aguardes...

IRENE. (Timidamente.)
Pero ¿estás resuelto?

ANTERO. Y ¡ahora
lo preguntas?

IRENE. No te extrañe.

ANTERO. Desde el suceso de anoche,
esta casa se me cae
encima.

IRENE. Mas considera...

ANTERO. Aquí me falta hasta el aire
para respirar. ¡Es tanto
lo que he perdido!...

IRENE. (Insistiendo.) No obstante...

ANTERO. (Enternecido.)

¡Si le amaba como á un hijo!
¡Ah! nunca podré olvidarme
de ese bribon, de ese ingrato,
que no paga con su sangre...

IRENE. ¿Estás llorando?

ANTERO. Sí, lloro.

¿Á qué ocultarlo? No vale
las lágrimas que me cuesta;
pero el corazon es frágil.
¡Le he tenido tantas veces
en mis brazos! Era un ángel
de niño. ¡Si no es posible
que le olvide, aunque me maten!

¡Ya ves! Tres años tenía
cuando á mi casa le traje;
¡y era tan alegre!... daba
gozo verle y escucharle.

Siempre saltando y corriendo,
siempre viniendo á buscarme,
siempre excitando mi risa
con sus gracias y donaires...

Le he visto crecer lo mismo
que ve el labrador alzarse
las mieses en la campiña,
cuidada con mil afanes.

¡Ira de Dios! Cuando pienso
en ello y recuerdo el lance
de anoche, le mataría...

¡Miserable! miserable!

¡Miserable!

(Cae en una silla cubriéndose el rostro con las manos y sollozando.)

IRENE. (Llorando y acercándose.) No recuerdes...

ANTERO. Déjame apurar el cáliz
hasta el fin... Pero ¿qué es esto?

(Levantando la vista.)

Tú lloras tambien? Mal haces.

No merece ese malvado...

IRENE. Antero, y si te engañases?

ANTERO. (Levantándose apresuradamente.)

¿Qué? ¿Sabes algo? ¿Te ha dicho?...

IRENE. Ni una palabra. No sale
de su cuarto desde anoche,
y tiene echada la llave.

ANTERO. Entónces....

IRENE. Pero ¿quién puede
oir con calma sus ayes
y sollozos? No se afligen
de ese modo los culpables.

ANTERO. La conciencia es un verdugo
tenaz y cruel.

IRENE. No saques
consecuencias, que algun día
pueden, Antero, pesarte.
Tambien la inocencia tiene
sus lágrimas y pesares...

ANTERO. Eres buena, y te resistes
á creer esas maldades.
Yo tambien luchó y relucho.
—Pero ¿qué puede esperarse
de un corazon que ha perdido
la fe en el Dios de sus padres?—
No hablemos más, Juan ha muerto
para mí.

IRENE. Mira, no avances
demasiado.

ANTERO. (Indignado) ¿Y aún insistes?

IRENE. Soy terca.

ANTERO. Pues no te canses.

IRENE. No debieramos marcharnos
sin aclarar este grave
negocio. ¿Quieres hacerme
un favor?

ANTERO. Si está á mi alcance...

IRENE. Detengámonos un día.
¿Qué mas da? Quizás se aclaren
en este espacio de tiempo
todas las dificultades.
Sonsacaré á los criados,
y tal vez consiga...

ANTERO. (Contrariado.) ¡Dale!
¿No lo he hecho ya?

IRENE. Las mujeres

solemos tener más arte
para estas cosas.

ANTERO. ¡Es mucho!

Si estoy seguro...

IRENE. (Insistiendo.) En fin, dame
ese gusto...

ANTERO. Como quieras.

Me quedaré. No me taches
de arrebatado y ligero.

IRENE. Verás si acabas por darme
las gracias.

ANTERO. Pero es el caso
que están nuestros equipajes
en la estacion.—¡Eh! No importa.
Haremos que se adelante
Perico.

IRENE. De ningún modo.
Precisamente si hay alguien
que dé pábulo á mis dudas
es él.

ANTERO. Entonces no es fácil...

IRENE. Aquel aire distraído,
inquieto... Quizá me engañe;
pero hay algo que me llama
mucho la atención...

ANTERO. (Dudoso.) Pues házme
el favor...

IRENE. ¿Qué inconveniente
es ese? Pueden quedarse
los bultos hasta mañana
en la estacion...

ANTERO. Bien: no se hable
más de ello. No nos iremos;
aunque sé...

ESCENA III.

DICHOS, PERICO.

PERICO. Muy buenas tardes.
Ahora vuelvo con el carro
del ferro-carril...

- IRENE. ¿Dejaste
los mundos?...
- PERICO. (Excitado.) No iba á otra cosa.
¿Á no ser que los robase?...
- IRENE. ¡Pues no estás poco vidrioso!
No te alteres...
- PERICO. Usted hace
unas preguntas...
- IRENE. (Con sorna.) Perdona,
hombre. No te sobresaltes.
- PERICO. Yo? Por qué?...
- IRENE. Claro! Por nada.
(¿Si estaré en la pista?... Casi
voy creyéndolo...)
- PERICO. (No vivo!
¿Es posible que me espante
hasta mi sombra?)
- IRENE. Lo malo
de todo es que tu viaje
ha sido inútil...
- PERICO. Pues ¿cómo?
- ANTERO. Porque nos quedamos.
- PERICO. (Zape!
¿Qué es esto?)
- IRENE. (Observándole.) (Se ha sorprendido...)
- ANTERO. Hay razones importantes
que me obligan...
- PERICO. Lo supongo.
(Temblándome están las carnes.)
Una vez que no nos vamos,
quisiera ver...
- IRENE. No te marches.
Te necesito.
(Hablan aparte Irene y D. Antero.)
- PERICO. (¿Qué intenta
esta mujer? Tal vez trate
de meterme en algun lio
donde sin riesgo me atrapen.
¡Ay qué vida! Si las cosas
se hiciesen dos veces, nadie...)
- ANTERO. (Á Irene.) Ya que te empeñas, te dejo.
- PERICO. (Perico, no te resbales.)

ANTERO. (Volviendo desde la puerta.)
¡Ah! Cuando vuelva Santiago,
que no tardará, llamadme.
Lo que en mi casa se roba
es justo que yo lo pague.

ESCENA IV.

IRENE, PERICO.

PERICO. ¿Conque nos quedamos?
IRENE. Sí.
No quiere marcharse Antero
sin investigar primero
cuanto ha sucedido aquí.
PERICO. (¿Dónde irá á parar?) Es claro.
El asunto lo merece.
Hace bien.
IRENE. ¿No te parece
que lo que pasa es muy raro?
(Ya irás cayendo en mi red.)
PERICO. Ni lo sé ni lo pregunto,
porque estoy en este asunto
tan á oscuras... como usted!
Nada puedo contestar.
IRENE. Pero ¡hombre!...
PERICO. (Exaltándose.) ¡Es mucha porfia!
IRENE. Cualquiera al verte diria
que tienes miedo de hablar.
PERICO. (Hay mayor avilantez!)
IRENE. Es que con tanto rodeo
me estás pareciendo un reo
que quiere engañar al juez.
PERICO. (Agitado.) Señora!... (¡Calma, Perico!)
IRENE. Estás turbado, confuso...
PERICO. (Si me adelanto y la acuso,
despues cómo justifico?...)
Sabe usted que soy honrado...
IRENE. Esa reserva no aboga
por tí.
PERICO. ¡Ya! Siempre la sog
quiebra por lo más delgado.

Á la fuerza he de saber...
IRENE. (Con sorna.) ¡Todo te coge de nuevas!...

PERICO. (Ah! Como no tengo pruebas
no me teme esta mujer.)

Pues bien, señora: si en eso
halla usted tanta malicia,
llame usted á la justicia,
y haga que me lleven preso.
Con paciencia llevaré
mi suerte, si ese es mi sino.

(No me queda más camino
que negar, y negaré.)

IRENE. No abrigo tal intencion.

PERICO. Pues parece...

IRENE. No lo dudes.

Quiero sólo que me ayudes
á descubrir el ladron.

Porque Juan es inocente.

Segura estoy.

PERICO. Yo no digo...

IRENE. (Con cariño.) Vamos, sé franco conmigo.

Tú sabrás...

PERICO. (Receloso.) ¡Como no invente!...

IRENE. Inventa.

PERICO. (Me está buscando
la lengua...) ¡No es mal aprieto!

IRENE. Á tu buen juicio someto
cuanto nos está pasando.

—¡Nada se te ocurre?

PERICO. No...

(¡Posicion más apurada!...)

IRENE. Pues ya que no inventas nada,

¿qué remedio? Lo haré yo.

—Serán meras conjeturas.—

Puede haber acontecido

quizás, que algun atrevido

emprendedor de aventuras,

por realizar su deseo,

haya ofrecido al ladron

tiempo, lugar y ocasion

para su hazaña...

PERICO. (Con aparente tranquilidad.) (¡Te veo!)

- Puede ser...
- IRENE. (Observándole.) (Sigue impasible.
No, no es cierta esta sospecha.)
Pero mi razon deshecha
el cuento por increible.
Hay otros más naturales.
- PERICO. (¡Tampoco lleva malicia!...)
- IRENE. ¿No ha llegado á tu noticia
que andan varios criminales
por la sierra?...
- PERICO. (Con indiferencia.) Sí, recuerdo...
- IRENE. He visto en mil relaciones,
que á veces esos ladrones
suelen ponerse de acuerdo
con el Judas de una casa...
- PERICO. (Alterándose.) (¿Si elegirá este camino
para perderme?...) No atino
ni sé...
- IRENE. (Con calma.) Pero ¿qué te pasa?
Has mudado de color.
- PERICO. ¡Ese es un mal pensamiento!
- IRENE. Voy creyendo que este cuento
te ha parecido mejor.
- PERICO. (Cada vez más inquieto.)
Pero, y la pistola?... ¿Quién
la ha dado?
- IRENE. ¿Por eso dudas?
Suponiendo que haya un Judas,
lo demas se explica bien.
- PERICO. Y usted achaca...
- IRENE. No quiero
desconfiar de tu hombría
de bien.—¡Pues si todaví-
vamos á hallar el dinero!—
Muchas veces acontece.
La imaginacion se ofusca,
y cuando ménos se busca
lo que se perdió, parece.
Si sucediese esta vez
inútil mi historia fuera.
Porque ¡la verdad! sintiera
que te la contase el juez.

ESCENA V.

PERICO, IRENE, ROSA.

ROSA. (Entrando.) Señora...
IRENE. Qué es eso?
ROSA. Está todo cerrado, ventanas y puertas.
IRENE. ¿Por qué te afanas?
ROSA. Si no nos marchamos ya.
IRENE. (Sorprendida.) Cómo?
IRENE. Tenemos que hacer aquí.—Con estos disgustos...
PERICO. (Agitado.) (Hoy no gano para sustos.
¡Nada! Me quiere perder.)
ROSA. Pues me deja usted absorta...
IRENE. Se ha suspendido el viaje.
ROSA. Cuando está usted con el traje de camino...
IRENE. ¿Eso qué importa?
ROSA. No piense usted que lo siento.
Quedémonos. No me explico la razón.
IRENE. (Intencionalmente.) ¿No? Pues Perico la conoce!
PERICO. (Atordado.) ¿Yo?
IRENE. ¿Y el cuento?
(Veré si da resultado la amenaza. Ya son graves indicios...)

ESCENA VI.

PERICO, ROSA.

ROSA. Tú que lo sabes me dirás lo que ha pasado.
¿Qué extraña mudanza es esta?
Tanta precipitación antes, y ahora...

- PERICO. (Cada vez más alterado y cuidadoso.)
(El ser ladron
qué de trastornos me cuesta.
Comprende que don Fernando
no ha podido hacer el robo
y busca...)
- ROSA. (Interrumpiéndole.) Pareces bobo.
¿No oyes que te estoy hablando?
- PERICO. (Irritado.) ¡Vete! No me martirices.
- ROSA. ¿Hay mayor impertinencia?
¿Es quizá que la conciencia
te reconcome?...
- PERICO. (Sobresaltado y azorado.) ¿Eh? ¿Qué dices?
¿Qué motivos tienes para
sospechar?
- ROSA. ¿Quién habla de eso?
- PERICO. Entónces... (Llevaré impreso
mi ruin delito en la cara?)
- ROSA. Pues no muestras poco afán!
- PERICO. Es que tus bachillerías
me cargan.
- ROSA. ¿No defendías
con tanto ardor á don Juan?
¡Y el niño vale un Perú!
Sus juegos son inocentes.
Ladron y asesino...
- PERICO. (Fuera de sí y sin poder contenerse.)
¡Mientes!
- ROSA. ¿Que miento? ¿Qué sabes tú?
- PERICO. (Confundido.) No digo...
- ROSA. ¡Vaya un cinismo!
Y le defiende!
- PERICO. (¿Qué apuro!
¿De quién puedo estar seguro
si no lo estoy de mí mismo?)
¿Yo defenderle? Jamás.
Pero á veces hace el diablo
que un hombre... (Cuanto más hablo
voy enredándome más.)
- ROSA. Sois tan compinches los dos...
- PERICO. Si por eso me condenas...

ESCENA VII.

DICHOS, FERNANDO.

- FERN. Muy buenas tardes.
ROSA. Muy buenas.
PERICO. (¡Él aquí?) (Asustado.)
ROSA. ¡Bendito Dios!
FERN. (Observándolos.) (Me reciben bien... ¡Respiro!
Aún llego á tiempo...)
PERICO. (¡Es audacia!)
ROSA. ¿Ya sabrá usted la desgracia?
FERN. ¿Y cómo no?
PERICO. (Confuso.) Me retiro...
FERN. (Reparando en Perico.)
No, quédate... (Tiene miedo...)
Estoy de todo al alcance.
Contóme mi padre el lance
y aún convencerme no puedo.
ROSA. Pues ya ve usted qué aventuras!
Estaría usted quizás
impaciente...
FERN. Oh, mucho más
de lo que tú te figuras!
ROSA. ¡Bueno estará don Santiago
con el suceso de anoche!...
FERN. ¡Calcula tú...—Pasó un coche
casualmente por Buitrago;
la ocasion aproveché,
llegué en él hasta el molino,
siguió el coche su camino
y yo me he venido á pié.—
ROSA. De manera que aquí, preso
á la fuerza...
PERICO. (Asustado.) (¡Ábrete abismo!)
FERN. No: quisiera estar hoy mismo
en mi casa de regreso.
ROSA. Pues no sé cómo ha de ser.
¿Andando?
FERN. Perdone, hermana.
Padre vendrá en su tartana

y con él pienso volver.
Ni aún sabe que estoy aquí.
—Mas contadme lo que pasa,
que no he venido á esta casa
sólo para hablar de mí.—
¿Ha confesado el delito
Juan?

ROSA. No señor.

FERN. Es extraño...

ROSA. Ya ve usted qué engaño
nos ha dado el señorito.

FERN. Es verdad.

ROSA. ¡Qué indigna accion!

Cuando recuerdo la escena...

FERN. ¡No digas! Tengo una pena
que me parte el corazon.

¡Ha sido un golpe muy rudo
para mí, te lo confieso!

ROSA. ¡Es claro!

FERN. Pero ¿qué es eso,
Perico? ¿Te has vuelto mudo?
Nada me dices?...

PERICO. (Sobresaltado.) No sé...

ROSA. ¿Pregunta usted á ese loco?
Pues si ha intentado hace poco
casi defenderle...

PERICO. (Sobresaltado.) ¿Qué?
¡Es falso!

FERN. ¡Jesus! Me arredro
sólo de escucharlo...

PERICO. (Fuera de sí.) Miente!

FERN. Verás si dice la gente
tan bueno es Juan como Pedro.
No tiene disculpa, no.

¡Harto lo siento y me aflijo!

PERICO. (Asombrado.) ¡Esto más!

FERN. Porque de fijo

no le quieres más que yo.

Un cariño fraternal
desde niños nos unia.

Pero es lo que yo decia:

—este chico acaba mal.—

No tiene respeto á nada.
Ni á Dios.

PERICO. (Lengua de veneno!
y aún osa...)

FERN. Falto de freno
toda reflexion le enfada.
Es el triste resultado
de esa falsa ilustracion.
—¿Y qué hace?—

ROSA. En su habitacion
desde anoche está encerrado.

FERN. ¡Ah! ya me has dicho bastante.
Hoy su castigo comienza.
El pobre tendrá vergüenza
de su mala accion...

PERICO. (Sin poder reprimirse.) (¡Tunante!)

ROSA. Bien puede ser...

FERN. ¿Y tus amos?

ROSA. ¡Ya ve usted! ¿Cómo han de estar?

FERN. Sé que han resuelto marchar
hoy mismo...

ROSA. ¡Cá! No nos vamos!

FERN. ¿Cómo es eso?

ROSA. ¡No señor!

FERN. Si de afirmármelo acaba
mi padre.

ROSA. Resuelto estaba;
mas lo han pensado mejor.
Si esta casa es un belén.
Nada se hace con concierto.

FERN. ¿Es cierto, Perico?

PERICO. Cierto.

FERN. (Receloso.) (¿Qué significa?...) Muy bien.
Justos motivos tendrán
para detenerse, cuando
lo acuerdan.

ROSA. Y yo charlando...

FERN. (Esto trastorna mi plan.)
Aguárdate. (No adivino
la causa...)

ROSA. (Marchándose.) No puede ser.
¿Piensa usted que vendrá á hacer

mis labores el vecino?

ESCENA VIII.

PERICO, FERNANDO.

PERICO. (Queriendo salir tambien.)
(Me marecho. Temo quedarme
á solas con él.)

FERN. (Deteniéndole.) No huyas,
ladron...

PERICO. (Aterrorizado.) ¡Ah!

FERN. Nadie nos oye.

Espérate...

PERICO. (Esforzándose por aparecer tranquilo.)

Usted me insulta.

FERN. ¿Ahora salimos con eso?

PERICO. (Aturdido.) Es que yo...

FERN. ¡Basta de excusas!

Estoy de todo enterado.

He conocido tu astuta

perversidad, y es inútil,

ladron, que niegues y arguyas.

PERICO. Pero atienda usted...

FERN. No quiero;

y si mi paciencia apuras...

PERICO. (Aterrorizado.) ¿Va usted á gritar?...

FERN. ¿Al fin

confiesas? Eso me gusta.

¿Es decir, que aprovechando

sin temor y sin disculpa,

mis secretas confianzas

y amorosas aventuras,

no has vacilado un momento...

PERICO. (Alterado.) Oiga usted...

FERN. No me interrumpas...

Ni en comprometer mi vida

en una empresa nocturna,

ni en arriesgar el secreto

de mi amor. ¡Alma de Judas!

Con mi silencio has contado,

¿no es verdad?—Pero calculas

muy mal.—Cierto que no puedo
delatar la infamia tuya
sin exponerme; mas todo
se andará...

PERICO. Si usted me acusa,
veremos.

FERN. ¿Piensas acaso
que tu amenaza me asusta?
¿Qué has de poder contra mí,
desdichado? Te figuras
que admitirán fácilmente
los hechos que me atribuyas?
¿Qué lograrás? Mas supuesto
que en eso tu fuerza fundas,
yo te haré ver que no vales
para entrar conmigo en lucha.
Vas á aprenderlo á tu costa
pronto, muy pronto...

PERICO. (Asustado.) ¡Oh! ¡no hay duda,
me perderán!

FERN. Tú lo quieres,
conque atente á las resultas.

PERICO. ¡Ah; no, no! Soy un malvado,
lo reconozco. Mi culpa
es grande. Estoy pesaroso;
si usted supiese mi angustia...

FERN. (Ya se da á partido.) Tengo
buen corazon, y pues buscas
mi apoyo...

PERICO. Haré cuanto quiera
usted. . Mi existencia es suya.
Si de mí compadecidos
el ama y usted me ayudan,
podré salvarme.

FERN. De fijo.

PERICO. Porque volviendo la suma
robada...

FERN. ¿Quién piensa en eso?

PERICO. La señora me asegura
su proteccion. Hace poco
me habló de todo con mucha
sagacidad; de la cita

frustrada...

FERN. (Sobresaltado.) ¡Dios te confunda!
¿Y tú has confesado?...

PERICO. Nada,
Aunque ya tuve en la punta
de la lengua...

FERN. (Con tono amenazador.) ¡Dios te libre!

PERICO. Piensa usted que se la oculta
la verdad?

FERN. (Ap. paseándose pensativo.) (Es que sospechan.
Por eso sin duda alguna
se detienen. Algo indica
determinación tan brusca.
¡No estoy bien aquí!...)

PERICO. (Sorprendido.) ¿Qué tiene
usted?

FERN. ¡Nada! (Esto se anubla.
Seguro ya del silencio
de Perico... Mientras ruja
la tormenta embravecida,
no estará de más que escurra
el bulto... Dentro de poco
mi padre vendrá y...)
(Deteniéndose delante de Perico.) Escucha.
Si quieres que te perdone,
jamás, jamás se te ocurra
decir lo que ha sucedido.
¡Ni aún á Irene!

PERICO. Usted se burla.
Pues si lo sabe...

FERN. No importa.
¿No será más absoluta
su tranquilidad, si observa
que aún con ella disimulas?

PERICO. Es verdad que sí.

FERN. Si acaso
te sonsacan y preguntan,
niega; si persisten, niega
siempre; ¡jamás te descubras!
Por cuantos medios encuentres
á mano, trata y procura
de apartar toda sospecha

de tí. La intencion aguza,
y aprovechando los hechos
que contra Juan se acumulan,
añade leña á la hoguera...

PERICO. Pero...

FERN. ¿Qué importa que él sufra?

PERICO. ¡Esto es demasiado!

FERN. ¡Ah! Tienes
escrúpulos?

PERICO. Me repugna...

FERN. ¡Miserable! ¿Has olvidado
que tu criminal conducta
á mi voluntad te entrega?
¿Qué es tu resistencia nula?
¡Eres mi esclavo! Tu mano,
tu pensamiento, tu oscura
conciencia me pertenecen.
Á tu libertad renuncia.
Si te mando herir, es fuerza
que hieras; si la calumnia
me conviene, y te lo ordeno,
¡á calumniar!

PERICO. (Aterrorizado.) ¡Nunca, nunca!

FERN. ¡Vaya! Estás loco...

PERICO. Prefiero
el presidio. Que se cumpla
mi suerte...

FERN. ¡Pobre insensato!
¿Esto es decir que rehusas
servirme?

PERICO. (Con resolucion.) ¡Sí!

FERN. Muy bien.—Robo
doméstico, con fractura...
¡Ah! Y ademas tentativa
de asesinato... Si ajustas
la cuenta...

PERICO. Pero ¿es posible
que usted?...

FERN. ¿Qué edad es la tuya?
Cuarenta años. Como vivas
veinte más,—la vida es dura—
podrás salir de presidio

por la puerta de la tumba.
Si es tu gusto...

PERICO. (Espantado.) ¡Virgen Santa!
¡Madre de Jesus!...

FERN. Consulta
tu interés y no te expongas
á mayores desventuras.
Hay en tu cuarto recado (Momento de pausa.)
de escribir?

PERICO. ¡Sí!

FERN. (Bien: con una
carta podré disculparme
y remitirla las suyas.
(Indicando con el ademán á Perico.)
Este... ¡No! puede leerlas.
Mas bien Rosa...)
(Á Perico.) ¡Eh! No te aturdas.
¿Soy por ventura tan malo?
Sírvenme bien y disfruta
de la cantidad que anoche
se te pegó entre las uñas.

ESCENA IX.

PERICO, cayendo en un sillón y apoyando los codos sobre la
mesa, presa de la más honda desesperación.

PERICO. ¡Maldita la suerte mía!
¡Maldito yo! ¡Nada! Abusa
de mi posición. Hoy juega
conmigo. No me denuncia
quizá por miedo .. Mañana
¿qué es lo que hará? Tal vez urda
un enredo que á presidio
sin defensa me conduzca.
—¡Oh, de fijo! Es un canalla.
¿Qué hacer? Si emprendo la fuga
me alcanzarán... si me quedo,
á la primer coyuntura
mi ruina es cierta... ¡Dios mío!
—¡Por que hay Dios! Esta profunda
inquietud que me atormenta

disipa todas mis dudas.
¿Quién me prestará su apoyo?
¿Quién? ¿El amo? ¡No! ¿La adúltera?
¡No! ¿Don Juan?... ¡Ah! ¡sí! ¡Don Juan!
Si su perdón me asegura
enterándole de todo,
podremos hacer que luzca
su inocencia. Dios me inspira...
(Viéndole entrar.)
¡Y Dios hacia mí le empuja!

ESCENA X.

PERICO, D. JUAN, descompuesto.

- JUAN. No está. ¡Mejor! Marcharé
sin verla, sin que me diga
el secreto de esta intriga.
—¿Y qué importa? ¿No lo sé?—
¿Qué ha de decirme además
esa alma pura y sincera?
¡Nada!
- PERICO. (Acercándose.) Si me decidiera...
Señorito...
- JUAN. (Reparando en él.) ¡Hola! ¿Aquí estás?
¡Con qué placer vuelvo á verte!
- PERICO. (Espantado de la expresión de su fisonomía.)
(¡Qué cara de loco!...)
- JUAN. (Con creciente cólera.) Dime.
¿No es verdad que no redime
su maldad ni aun con la muerte?
¡Oh! No merezco perdón,
si en el trance en que me veo,
no voy y le abofeteo
y le arranco el corazón.
Tan sólo me satisfago
con su vida. Necesito
castigarle. (Hace ademán de marcharse.)
- PERICO. (Deteniéndole.) Señorito,
¿dónde va usted?
- JUAN. Á Buitrago.
¡Si iría en su busca al fin!

de la tierra! ¡Si ya vive
de más! Si no se concibe
una venganza tan ruin!
Comprendo que en su taimada
condicion, viéndome fuerte,
me hubiera dado la muerte
hasta en una enarucijada.
¡Pero que de esta manera
mi ruina impasible trame!
Esto es infame, es infame...
¡y es necesario que muera!
No será ménos cruel
que su venganza la mia.
¡Miserable!

PERICO. (Después de un momento de incertidumbre.)

¿Y qué daría
usted por vengarse de él?

JUAN. (Fuera de sí.) ¡Oh! Lo que quieras tendrás.
¡Pide!

PERICO. No seré muy caro.

Que usted me preste su amparo.

JUAN. ¿Nada más?

PERICO. No exijo más.

JUAN. Acepto la condicion.

Tan exígua me parece...

PERICO. (Con aire asombrado y doloroso.)

Pues mire usted lo que ofrece,
porque yo he sido el ladron.

JUAN. Tú!... (Asombrado.)

PERICO. Sí señor.

JUAN. ¿Tú, insensato?

—No eres digno de merced.—

PERICO. ¿Y acaso no tiene usted
la culpa de mi arrebató?

JUAN. ¿Yo?

PERICO. La tenemos los dos.

Con fundamento le acuso.

¿Quién sino usted se propuso

hacerme olvidar á Dios?

Usted despertó aturdido

con los libros que me daba,

algo que en el fondo estaba

de mi corazon, dormido.
¿Qué era aquello? No lo sé.
Sé que en mi ruda malicia
el ejemplo y la codicia
me tentaron y robé.
¿Qué temo—me dije—si
no hay Dios?—¡Y robé!—Y le siento
desde aquel mismo momento
airado dentro de mí.
Esta inquietud que me azora
y que hasta el sueño me quita,
la oculta voz que me grita
«ladron» siempre acusadora;
los remordimientos, los
temores de que estoy lleno,
todo cuanto sufro y peno
(Con honda desesperacion.)
es Dios, es Dios. ¡Sí que es Dios!

JUAN.

PERICO.

(Agitado.) Sigue, sigue ..
¿Quién podía

detenerme en la pendiente
del mal? Usted solamente,
usted que me corrompia!
El ejemplo tentador
me cercaba con su halago;
usurero don Santiago,
don Fernando engañador...

JUAN.

(Interrumpiéndole aterrado.)
En confusiones me abismo.

—¡Qué has hecho, desventurado?—

PERICO.

Mil veces á punto he estado
de delatarme á mí mismo.
Cada paso es un tropiezo:
mi propio crimen me ahoga
y sujeta.—¡Es una soga
que tengo atada al pescuezo!—
¿No quiere usted que me espante?
Cogido en mi propia red
estoy desde hoy á merced
de ese pilló y de su amante.

JUAN.

PERICO.

(Asombrado.) ¡Vive Dios! ¿qué estás hablando?
Y ellos, en tanto, felices...

JUAN. Pero hombre, ¿qué amantes dices?

PERICO. ¡Toma! El ama y don Fernando.

JUAN. (Deteniéndose sorprendido y recapacitando Despues de una breve pausa.)
Y así tu labio difama
á una señora?...

PERICO. Persisto
en mi acusacion — ¡Yo he visto
el billetito del ama!
Billete en que daba cita
á su cortejo...

JUAN. (Irritado.) ¡Impostura
tuya no más!

PERICO. La aventura
de anoche no lo acredita?

JUAN. ¡Lengua de vibora!

PERICO. Digo
qué es verdad. La cita es cierta.
Por eso dejé la puerta
sin cerrar... ¡Seré testigo!
¡Lo diré á voces!

JUAN. (Asombrado.) ¿Qué es esto?
¡Ella infiel!

PERICO. No tengo duda.
Y pondré, si usted me escuda,
su traicion de manifiesto.

JUAN. Sí, sí! Tú me abres camino.
Quiero á gritos defender
mi honra... (Deteniéndose.)

Mas ¿qué voy á hacer?
¿Y la honra de mi padrino?
Si á impulso de mi rencor
descubro este lazo impuro,
le matarán, de seguro,
la vergüenza y el dolor;
y harán de su ancianidad
escarnio mozos y viejos... (Conmovido.)
— ¡Padre mio! — ¡Oh, lejos, lejos
de mí tal iniquidad! —

PERICO. No vacile usted.

JUAN. (Aturdido.) ¿Qué haré?
¿Hablar? No me determino.

(Con ira reconcentrada.)

—¿No me acusan de asesino
y ladron?—¡Pues lo seré!

(Cayendo sobre un sillón sollozando y alzándose con
resolución después de una breve pausa.)

Es fuerza que esto concluya.

Honra, préstame energía.

—Ya que perezca la mía,
sálvese al menos la suya.—

Yo haré, vive Dios! que aquí
su dignidad se respete.

(Á Perico con autoridad.)

Quiero estar solo.

PERICO.

Mas...

JUAN.

(Airado.)

¡Vete!

PERICO.

(Con tono suplicante.)

¡Tenga usted piedad de mí!...

ESCENA XI.

JUAN, D. ANTERO, IRENE.

JUAN.

Y yo, torpe, sin caer
en su infamia, tan tranquilo!

IRENE.

(Á D. Antero, entrando.)

Tengo en mis manos el hilo
del crimen...

ANTERO.

No puede ser.

IRENE.

¿Que no? Pronto lo verás,
Segun la inquietud que tiene
Perico...

ANTERO.

(Reparando en Juan.) Silencio, Irene.

JUAN.

(Observándolos y haciendo ademán de salir.)
(Ellos aquí...)

IRENE.

¿Dónde vas?

JUAN.

¡Aparta! (Rechazándola con aspereza.)

ANTERO.

(Su turbación
renace.)

JUAN.

¡Aparta!

IRENE.

No puedo.

JUAN.

(Con profunda ironía.) Déjame. ¿No te da miedo
conversar con un ladron?

- IRENE. ¿No ves que soy homicida?
Es el asunto tan grave
que no sé...
- JUAN. (Con ira reconcentrada.) ¿Que no lo sabe?
¿Hay cosa más divertida?
¡Já, já, já!
- ANTERO. (Con ira.) ¡Torpe jactancia!
Y tienes valor!...
- JUAN. Dios mío,
¿qué he de hacer? ¡Claro! Me río,
me río de su ignorancia.
- ANTERO. La cuestión es muy formal:
deja tu irónico tono
y expon, si hay algo en tu abono,
tus disculpas...
- JUAN. ¿Yo? No tal.
Formado está mi proceso.
¿Á qué meter tanto ruido?
- ANTERO. Pero ¿tú has sido?...
- JUAN. (Con ira.) Yo he sido.
Estoy convicto y confeso.
¿Qué más puede usted pedir?
- IRENE. (Maravillada.) ¡Es que esto no se comprende!
- ANTERO. (Con amargura.) ¡Ya lo ves! No se defiende.
Nada tiene que decir.
- JUAN. Si está clara mi maldad
para qué negar? No quiero.
- IRENE. Eso no es verdad, Antero.
¡Oh, no es verdad, no es verdad!
- ANTERO. Entonces ¿por qué razón
se obstina en decir?...
- JUAN. (Casi llorando, entre airado y enternecido.)
Me obstino
porque soy un asesino...
- IRENE. ¡Juan! (Espantada.)
- JUAN. ¡Asesino y ladrón!
- IRENE. ¡No, no!
- ANTERO. ¡Pero si declara!...
- IRENE. No hay nada que me convenza.
- ANTERO. ¿Y el rubor de la vergüenza
no se te sube á la cara?
¿Y sin duelo ni pesar

- confiesas?
- JUAN. (Con ardor.) ¿Qué quiere usted?
- ANTERO. ¡Desdichado!
- JUAN. (Fuera de sí.) Tengo sed
de morir y de matar.
Nadie habrá que me lo impida.
Camparé sin ley ni freno.
- ANTERO. ¿Y yo he abrigado en mi seno
esta sierpe maldecida?
¡Oh! No me siento capaz
de perdonarle...
- JUAN. (Haciendo un esfuerzo para ahogar sus lágrimas.)
¡En buen hora!
- IRENE. (Observándole.) ¡Mentira! ¿No ves que llora?
- JUAN. (Violentándose y con enojo.)
¿Que lloro?—¡Déjame en paz!—(Con aspereza.)
- IRENE. Pero infeliz! ¿No reparas
que el llanto te vende?
- JUAN. (Con desesperación.) Es cierto.
Mas las lágrimas que vierto
habrán de costar muy caras.
Seré ladrón en cuadrilla.
Seré... ¿qué sé yo? Un malvado.
- ANTERO. ¡Oh! Máchate de mi lado.
¡Vete!
- JUAN. Me iré. ¡Ancha Castilla!
- ANTERO. De mi casa te despido.
Es razón que te abandone.
- IRENE. (Suplicándole.) ¡Ay, Juan!
- ANTERO. Y Dios me perdona
lo mucho que te he querido.
- IRENE. Pero ¡si no puede ser!
Algo extraordinario pasa...
- ANTERO. ¡Ya lo ves! En esta casa
nada tenemos que hacer.
A Madrid volvamos ya.
- IRENE. Pero escucha...
- ANTERO. ¡Nada escucho!
¡Nada!—No viviré mucho.—
La pena me acabará.
- IRENE. Marchémonos. ¡Ay de mí!
Dices bien.

JUAN. (Reprimiendo difícilmente sus sollozos, ocultándose el rostro con las manos.)

 Mi pecho estalla.

IRENE. ¡Juan, por Dios!... (Acercándose á él.)

JUAN. (Rechazándola asperamente, y dominado por la más violenta desesperación.)

 (¡Infame, calla!)

IRENE. ¿Qué es esto? (Sobrecogida.)

ESCENA XII.

DICHOS, SANTIAGO.

SANT. (Entrando.) Ya estoy aquí.

 ¡Vaya un calor infernal!

 Uf, por poco me achicharro.

 Y eso que echado en el carro

 he venido ménos mal.

 Conque ya estamos de vuelta.

 (Á Irene.) ¿Se pasó el susto de anoche?

IRENE. Aún no del todo.

ANTERO. ¿Y el coche?

SANT. Vendrá.—¿Y es cosa resuelta vuestra partida?

ANTERO. Esta tarde
 nos vamos.

SANT. ¡Bravo! ¡Muy bien!

ANTERO. (Á Irene.) Mira, no es fácil que el tren
 en la estacion nos aguarde.

 Conque prepara y dispon
 lo que falte.

IRENE. Está dispuesto
 todo. Descuida.

SANT. Supuesto
 que esos tus proyectos son,
 que es tarde y estais á punto
 de emprender vuestra jornada...

ANTERO. Entiendo...

SANT. Si no te enfada
 vamos á arreglar mi asunto.

 No porque yo tenga prisa.

 Sé lo que tienes y vales;

mas todos somos mortales
y nunca la muerte avisa...
¿No digo bien?

ANTERO. ¿Cómo no?

Es negocio concluido.
Siéntate.

(D. Santiago va á tomar asiento, repara en Juan que permanece sumido en la mayor desesperacion, y retrocede espantado, diciendo á Antero:)

SANT. Y ese perdido...

ANTERO. ¿Tienes miedo? (Sonriéndose.)

SANT. (Reponiéndose.) ¿Miedo yo?

Mas no juzgo regular
delante de ese muchacho...

ANTERO. Ya está cerrado el despacho
y aquí podemos hablar.

IRENE. (¡Ah, comprendo su intencion!)

ANTERO. (Le sujetaré á esta prueba
terrible. Quizás se mueva
su enviciado corazon.)

SANT. Obaerva...

ANTERO. ¿Á que me incomodo?

SANT. Pero ¡hombre!...

ANTERO. No estoy contigo?

¿Qué temes?

SANT. (Dudando.) No... Si no digo...

(En fin, á Roma por todo!)

ANTERO. Con que explicate.

SANT. Aunque ageno
de tan mal encuentro estaba...

ESCENA XIII.

DICHOS, PERICO.

PERICO. Señor!

ANTERO. (Volviendo la cabeza.) ¿Qué es eso?

PERICO. Que acaba
de llegar el coche.

ANTERO. ¡Bueno!

Pues ve bajando...

IRENE. (Deteniéndole.) No: espera.

- (Le observaré.)
- PERICO. (Ch.) ¿Qué? ¿Nos vamos!
- IRENE. Ya lo ves.
- ANTERO. (À Santiago.) Pero sigámos
si te parece.
- PERICO. (Receloso.) ¡Dios quiera!...
- ANTERO. ¿Qué cantidad te han robado?
- SANT. Segun verás en mis cuentas,
trescientas onzas...
- PERICO. (Sin poder disjuntar.) ¡Trescientas!
¡Mentira!
- ANTERO. Estás engañado.
- IRENE. (Que no aparta los ojos de Perico, observando sus
movimientos.)
(¡Es él!... ¡Se vendió!...)
- SANT. Pues ¿qué?
piensas...
- ANTERO. Anoche dijiste
que eran doscientas...
- SANT. Oíste
mal, ó yo me equivoqué.
Son noventa y seis mil reales.
- PERICO. (Cada vez más dominado por el diálogo.)
(Vaya una ave de rapiña!)
- SANT. Si lo dudas, no haya riña.
Acude á los tribunales.
El juez de primera instancia
verá lo bien que me explico.
Lo siento por...
(Mirando á Juan con hipócrita lástima.)
¡Pobre chico!
- No le arriendo la ganancia.
- JUAN. (Levantando la cabeza y prestando atencion.)
Eh? ¿Qué dice...
- PERICO. (¡Habrá tunante!)
- SANT. Decide. De tí depende...
- ANTERO. (Nada! Está visto! Pretende
sacar partido...) ¡Adelante!
Pagaré la cantidad
que reclamas...
- PERICO. (Con ira.) ¡Hasta el codo,
ladron!

SANT. Pero eso no es todo.

JUAN. (¿Hay mayor indignidad?)

SANT. Te voy á dar un mal rato.

ANTERO. ¡Acabemos de una vez!

SANT. Es muy sencillo.—Á las diez
he roto y deshecho un trato.—
¡Buen negocio! Á veinte y dos
por ciento.

ANTERO. Ya considero...

SANT. Pero me hallé sin dinero,
y á mi pesar...

JUAN. (Furioso.) ¡Vive Dios!

SANT. Desistí de mis oficios.

—Ah! No temas que te exija
á tontas y locas.—Fija
tú los daños y perjuicios.

IRENE. (Asustada.) ¡Jesús, qué hombre!

ANTERO. (Con ira reconcentrada.) ¡Estás de vena!

Pensarás sin duda alguna
que he ganado mi fortuna
allá, por Sierra-Morena.

PERICO. (Bien dicho!...) (Entusiasmandose.)

ANTERO. Pues te prevengo

que sólo con mil afanes
he podido ¡voto á sanes!
ganar lo poco que tengo.
Que no exploto en el Perú
minas de oro...

SANT. Te aconsejo...

ANTERO. Y que robar no me de
por ladrones como tú.

SANT. Me estás insultando...

ANTERO. A bordo

la cuestion como es debido.

SANT. Pues bien, estoy decidido:
daré el escándalo gordo.

ANTERO. ¿De mi dolor te prevales
para saquear mi casa?

SANT. Y revolverán la masa
las plumas de los curiales.
¡Vengan causas y procesos!
que cuando esté empape ado

tu ahijado...

JUAN. (Levantándose y dirigiéndose hacia él, violentamente.)

¡Bribon! Su ahijado...

SANT. ¡Ay! (Asustado.)

JUAN. Va á molerte los huesos.

Te juro que se hallará
al ladron...

PERICO. (Demudado, trémulo y sin saber qué hacerse.)
(Por vida mia

tiró el diablo...)

IRENE. (Que no le ha perdido de vista y sorprende su aturdimiento.)

(Oh?... bien decía...)

(Empujándole en medio de todos.)

No hay que buscarlo. Aquí está.

PERICO. (Con el mayor azoramiento, procurando escaparse.-
(Estoy perdido...)

ANTERO. (Agarrándole.) Detente.

JUAN. (En tono de reconvencion á Irene.)

¡Ah, qué has hecho?...

IRENE. Es muy sencillo.

No quiero que por un pillo
ande revuelta la gente.

PERICO. ¡Oh, perdon!

JUAN. (Á Irene.) ¿Y así te expones?...

IRENE. ¿Yo? (Sorprendida.)

ANTERO. (Á Perico.) ¡Miserable! tú has sido...
Pero ¿con quién?...

IRENE. Convenido

sin duda con los ladrones
que andan por la Sierra...

PERICO. (Reponiéndose.) ¡Quedo!
Cargue cada cual, señora,
con sus culpas.

SANT. (En mal hora
se ha descubierto el enredo.
Si pongo pies en pared
me expongo...)

JUAN. (Con autoridad á Perico.) ¡Callar te mando!

PERICO. (Con decision á Irene.)

De acuerdo con don Fernando:

con el cortejo de usted.

ANTERO. (Profundamente agitado procurando precipitarse sobre él. Juan le detiene.)

¡Ah!

IRENE. (Sobrecogida.) ¡Señor, qué horrible trama!

PERICO. ¡No se haga usted la santita!

—Yo he visto una carta escrita de letra y puño del ama, citándole.

SANT. (Con resolución.) Ese es un cuento.

ANTERO. ¡Mientes! (Fuera de sí.)

PERICO. Que un rayo me parta si en el lance de la carta desfiguro, añadí ó miento.

ANTERO. Voy á arrancarte la vida, calumniador!

PERICO. Que confiese si no estuvo oculto en ese camaranchon sin salida. (Señalando el escondite.) Y si no hablarán á solas anoche...

IRENE. (Desfalleciendo.) ¡Esto es inaudito!

PERICO. Y que diga el señorito á quien cedió sus pistolas.

ANTERO. (Á Juan, que guarda silencio.) ¡Es cierto?...

SANT. ¡Qué iniquidad! Decir que mi hijo...

ANTERO. (Asperamente, sujetando á Irene, que está á punto de desmayarse.)

¡Eh! ¿qué tienes?

IRENE. (Cayendo á sus pies.) Antero, no me condenes. Yo te diré la verdad.

ANTERO. (Cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Infeliz de mí!

JUAN. (Furioso.) Villano,

¿qué has hecho?

PERICO. (Con aire reucoroso.) ¡Jugar conmigo? ¡Eso no!

JUAN. No te castigo por no mancharme la mano.

(Á Perico y á Santiago.)
Fuera de aquí ó doy, al traste
con todo!...

PERICO. No es justo...

JUAN. (Interrumpiéndole.) ¡Calla!

y devuelve á ese canalla
el dinero que robaste.

No se lo des sin recibo,
porque es capaz...

SANT. (Retrocediendo y queriendo defenderse de la acusa-
cion.)

¿Dónde y cuándo?

JUAN. Y diga usted á Fernando
que he resuelto asparle vivo.

ESCENA XIV

DICHOS, ménos SANTIAGO y PERICO.

ANTERO. No lo creyera jamás.
¡Engañarme así...

IRENE. (Llena de incertidumbre.) Te juro
que soy inocente...

ANTERO. Duro
castigo á mi afecto das.

¡Manchar mis canas!

IRENE. (Desesperada.) ¿Qué dices?

JUAN. (Acercándose á él cariñosamente.)
¡Padre!

ANTERO. (Con amargura.) Mas ¿de qué me quejo?

¿Qué soy? ¡Nada! Un tronco viejo
ya sin ramas ni raíces.
Tronco que no puede dar
flor ni fruto.

IRENE. (Con desesperacion.) ¡Por Dios santo,
escúchame!

ANTERO. (Con dolor.) ¡Vivo tanto
que te cansas de esperar!

IRENE. ¡Me harás perder el sentido!
Por Dios que estás engañado;
mi culpa es haber callado,
pero no haberte ofendido.

Durante el primer albor
de mi casta adolescencia,
dió crédito mi inocencia
á sus protestas de amor.
Pasáronse estos hervores;
pero atrevido y resuelto
después de casada, ha vuelto
á requerirme de amores.
De mis cartas se valió
para asustarme...

JUAN. ¡Ah! Me explico

todo!—Quizás á Perico
una de ellas le enseñó,
y quiso obtener la palma
y vencerte de ese modo...—
¡Cómo hundida en tanto lodo
puede respirar un alma!

IRENE. Por no alterar tu sosiego
callé, y hago mil protestas...

ANTERO. Pero ¿qué cartas son estas,
que tanto...

ESCENA XV.

DICHOS, ROSA, que manifiesta cierta desconfianza en presencia
de D. Antero y Juan.

ROSA. (Á mal tiempo llego.)

IRENE. ¿Pasa algo?

ROSA. No...

IRENE. Hasta que llame
no te ocurra...

ROSA. Pero...

IRENE. ¡Vete!

ROSA. (Es que me ha dado un paquete
don Fernando...)

IRENE. (Con alegría.) ¡Oh! ¡Dame, dame!

ROSA. (Acaso será indiscreto...)

ANTERO. ¿Qué es eso? (Con curiosidad é interés.)

IRENE. (Impaciente á Rosa.) ¡Vamos! ¡Ligera!

ROSA. (Me encargó que se le diera
á usted pronto y en secreto...)

- IRENE. ¿No acabarás? (Con ardor.)
 JUAN. (Receloso.) ¡Qué empeñada
 discusion!...
 IRENE. (Llora de alegría.) ¡Las cartas mías!
 (Dando el paquete sin abrirlo siquiera á D. Antero.)
 ¡Ellas, ya que desconfías,
 te dirán si soy honrada!
 ANTERO. (Abriéndole convulsivamente y leyendo la carta de
 reunion.)
 (Lee.) «Va que usted dura y cruel...»
 (Á Rosa.) Pero ¿quién te las ha dado?
 ROSA. Don Fernando.
 JUAN. (Fuera de sí, lanzándose fuera de la habitacion.)
 ¿Ese menguado
 está aquí?...
 ANTERO. (Tambien arrebatado y colérico siguiéndole.)
 ¡Dios de Israel!

ESCENA XVI.

IRENE, ROSA.

- IRENE. (Á D. Antero que se le escapa.)
 —¡Déntete!—¿Qué va á pasar
 en casa? ¿Quién nos socorre? (Á Rosa.)
 ¡Avísale! ¡Corre, corre!
 ¡Virgen santa del Pilar!
 No pierdas tiempo...
 ROSA. (Asustada.) En seguida.
 ¡Ah! ¡no es menester! (Reparando en Fernando.)

ESCENA XVII.

DICHAS, FERNANDO, que va á entrar, y al observar la agita-
 cion de Irene y Rosa, se detiene receloso en el umbral.

- FERN. (Desconfiando.) ¿Qué es esto?
 IRENE. Huya usted!...
 FERN. (Sorprendido.) ¡Señora!
 IRENE. ¡Presto!
 Si usted estima su vida.
 Han descubierto la red

que tendió...
FERN. (Aturdido.) ¡La ira me abrasa!
IRENE. Y quieren manchar mi casa
con la ruín sangre de usted.
¡Huya usted! Ya está avisado.—
Vámonos, Rosa...
ROSA. (Llena de miedo.) Ya voy.
(Salen todos apresuradamente de la escena, dirigiéndose Irene y Rosa por un lado, y Fernando por aquel que se supone da á la escalera, volviendo á poco presa de la más violenta agitacion.)

ESCENA XVIII.

FERNANDO.

¡Ah! suben... ¡Perdido estoy!
La salida me han cortado.
¿Qué hacer? En su furia loca
me matarán como á un perro...
Aquí... (Dirigiéndose al cuarto secreto.)
La puerta es de hierro...
(Deteniéndose con desconfianza.)
—Esto es meterse en la boca...—
Pendiente estoy de un cabello;
si aquí oyese...
(Como recordando las condiciones del escondite.)
¡Antro maldito!
—Pase lo que pase, ¡chito!
que me va la vida en ello.—
Evitemos el fracaso,
y despues que se serenen
será fácil... (Oyéndolos y ocultándose.)
¡Ah! ya vienen.

ESCENA XIX.

JUAN, D. ANTERO, con un cachorrillo en la mano. Juan con-
teniéndole.

JUAN. Pero...

ANTERO. (Fuera de sí.) ¡No he de hacerte caso!

Suélrame...

JUAN. ¿No basto yo?

Mozo soy, usted es viejo,
y es más natural...

ANTERO. ¡No cejo!

JUAN. Oiga usted...

ANTERO. (Fuera de sí.) ¡Digo que no!

¡Y deja vanas porfías!

JUAN. Observe usted, sin embargo...

ANTERO. A nadie doy el encargo
de vengar ofensas mías.

JUAN. Mas recuerde usted, por Dios,
en qué posición me he visto.

ANTERO. ¡No ha de ser! (Con resolución.)

JUAN. (Con energía.) ¡Pues no desisto!

ANTERO. (Ciego de ira.) ¡Pues matémosle los dos!

¡Que no acabará la raza
de esa gente!... No soy dueño
de mí!... Vamos.

ESCENA II.

DICHOS, IRENE.

IRENE. (Que oye las últimas palabras.) ¡Loco empeño!

JUAN. ¡Por qué?

IRENE. (Con calma.) Se escapó la caza.

ANTERO. ¿Qué dices? (Con ira.)

IRENE. En mi camino

se atrevesó y le he espantado.

No quiero que el que es honrado

se convierta en asesino.

Estimo mucho el sosiego

de mi casa.

ANTERO. (Calmándose.) Eres discreta

y me impides que cometa

un crimen. ¡Estaba ciego!

Dios le impondrá su castigo

y hará que reciba el pago...

(Juan hace ademán de marcharse, y D. Antero le
detiene.)

¿Dónde vas?

- JUAN. (Con resolucion.) ¡Voy á Buitrago!
- ANTERO. (Atrayéndole cariñosamente; pero con tono decidido.) No. Tú te vienes conmigo.
- JUAN. Pero ántes...
- ANTERO. No hablemos más.
Lo quiero.
- JUAN. (Sometiéndose.) Si usted lo manda...
- ANTERO. (Á Irene.)—¿Y Perico?...
- IRENE. Por ahí anda
llorando.
- ANTERO. Pues le dirás...
- JUAN. ¡No! (Cambiando de idea.)
Le tendré á mi servicio
en París...
- IRENE. (Alarmada.) Mucho te expones.
- JUAN. Yo, con mis necias lecciones
le empujé hácia el precipicio.
Quiero remediar mi mal
si aún es posible, hoy que siento
que Dios es base y cimiento
del edificio social.
- ANTERO. Salva á esa alma pecadora
si ya no es tarde.
- JUAN. Eso quiero.

ESCENA XXI.

DICHOS, ROSA.

- ROSA. Señor...
- ANTERO. ¿Qué pasa?
- ROSA. El cochero
me manda á decir que es hora...
- ANTERO. Pues marchemos.—
(Irene y Rosa se preparan cogiendo los cabás y cest
que hay en algunas sillas, y esperan en compañía d
Juan á D. Antero en el umbral de la puerta del fondo.)
Con dolor
de mi casa me despido.
—Y en este cuarto que ha sido
de una infamia encubridor,

(Acercándose al cuarto en donde está oculto Fernando.)

no habrá de hoy más quien se alabe
de entrar.—¡Condenado queda!—
y para que esto suceda
cierro y me guardo la llave.
No se abrirá más en los
días de mi vida.—

(Á todos que le aguardan agrupados en la puerta.)

Os sigo.

JUAN. (Discutiendo con Irene acaloradamente.)

Pero él...

IRENE. (Á Juan calmándole.) Deja su castigo
á la justicia de Dios.

(Desaparecen todos, y cae el telon con lentitud.)

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

DEUDAS DE LA HONRA.....	Drama en tres actos y en verso.
NI TANTO NI TAN POCO.....	Comedia en tres actos y en verso.
QUIEN DEBE PAGA.....	Comedia en tres actos y en verso.
JUSTICIA PROVIDENCIAL.....	Drama en tres actos y en verso.
¿QUIÉN ES EL AUTOR?.....	Comedia en un acto y en verso.
¡COMO SE EMPENE UN MARIDO!.....	Comedia en un acto y en verso.
LA CUENTA DEL ZAPATERO.....	Comedia en un acto y en verso.
HERIR EN LA SOMBRA ¹	Drama en tres actos y en verso.
LA JOTA ARAGONESA ¹	Drama en tres actos y en verso.
EL LAUREL DE LA ZÚBIA ¹	Drama en un acto y en verso.

¹ En colaboracion con D. Antonio Hurtado.

La segunda cenicienta.
 La peor cuna.
 La choza del almadreño.
 Los patriotas.
 Los lazos del vicio.
 Los molinos de viento.
 La agenda de Correlargo.
 La cruz de oro.
 La caja del regimiento.
 Las sisas de mi mujer.
 Lluven hijos.
 Las dos madres.
 La hija del Rey René.
 Los extremos.
 La frutera de Murillo.
 La cantinera.
 La venganza de Catana.
 La marquesita.
 La novela de la vida.
 La torre de Garan.
 La nave sin piloto.
 Los amigos.
 La judía en el campamento, ó
 glorias de Africa.
 Los criados.
 Los caballeros de la niebla.
 La escala de matrimonio.
 La torre de Babel.
 La caza del gallo.
 La desobediencia.
 La buena alhaja.
 La niña mimada.
 Los maridos (refundida.)
 Mi mamá.
 Mal de ojo.
 Mi oso y mi sobrina.
 Martín Zurbano.
 Marta y María.
 Madrid en 1818.
 Madrid á vista de pájaro.
 Miel sobre hojuelas.
 Mártires de Polonia.
 Marta!! ó la Emparedada.

Miserias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Natividad.
 Olimpia.
 Propósito de enmienda.
 Pescar á río revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquis-
 ta de Honda.
 Por una pension.
 Para dos perdiceros, dos.
 Prestamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¿Que convidó al Coronel...
 Quien mucho abarca.
 ¿Que suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (Patron de Madrid.)
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la mula tuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.

Trabiar por cuenta ajena.
 Tod' unos.
 Torbellino.
 Un amor á la moda.
 Una contraracion femenina.
 Un dómíne como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huésped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en suerte.
 Una leccion reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemarropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de corte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Un si y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los cabe-
 llos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
 Armas de buena ley.
 A cual mas feo.
 Arduos y cuchilladas
 Claveyina la Gitana.
 Cupido y Marte.
 Cébro y Flora.
 D. Sisenando.
 Doña Mariquita.
 Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
 veedor.
 Don Pascual.
 El Bachiller.
 El doctrino.
 El ensayo de una ópera.
 El calesero y la maja.
 El perro del hortelano.
 En cuenta y en Marruecos.
 El león en la ratonera.
 Enredos de carnaval.
 El delirio (drama lírico.)
 El Postillon de la Rioja (Música.)
 El vizconde de Letorierres.
 El mundo á escape.
 El capitán español.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 El colegial.
 El último mono.
 El primer vuelo de un pollo.
 Entre Pinto y Valdemoro.
 El magnetismo... ¡animal!
 El califa de la calle Mayor.
 En las astas del toro.

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mudo.
 El Paraíso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diablo.
 Juan Lanas. (Música.)
 Jacinto.
 La litera del Ojor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (Música.)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estatua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la corte.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (Música.)
 La tona de Tetuan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Lo herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitanailla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (Música.)
 Matilde y Malek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Peluquero y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.
Alcalá de Henares.
Alcoy.
Algeciras.
Alicante.

Almagro.
Almería.
Andújar.
Antequera.
Aranjuez.
Avila.
Aviles.
Badajoz.
Baeza.
Barbastro.
Barcelona.

Bejar.
Bilbao.
Burgos.
Cáceres.
Cádiz.
Calatayud.
Canarias.

Carmona.
Carolina.
Cartagena.
Castellon.
Castrovidal.
Ceuta.
Ciudad-Real.
Córdoba.

Coruña.
Cuenca.
Ecija.
Ferrol.
Figueras.
Gerona.
Gijón.
Granada.

Guadalajara.
Habana.
Haro.
Huelva.
Huesca.
Irún.
Játiva.
Jerez.
Las Palmas (Canarias).
Leon.
Lérida.
Linares.
Logroño.
Lorca.

S. Ruiz.
Z. Bermejo.
J. Martí.
R. Muro.
J. Gossart.
A. Vicente Perez.
M. Alvarez.
D. Caracuel.
J. A. de Palma.
D. Santisteban.
S. Lopez.

M. Roman Alvarez.
F. Coronado.
J. R. Segura.
G. Corrales.
A. Saavedra, Viuda de
Bartumeus y I. Cerdá.
J. Teixidor.
E. Delmas.
T. Arnaiz y A. Hervias.
B. Montoya.
H. S. Perez.
V. Morillas y Compañia.
F. Molina.
F. Maria Poggi, de Santa
Cruz de Tenerife.

J. M. Eguiluz.
E. Torres.
J. Pedreño.
J. M. de Soto.
L. Ocharán.
M. Garcia de la Torre.
P. Acosta.
M. Muñoz, F. Lozano y
M. Garcia Lovera.

J. Lago.
M. Mariana.
J. Giuli.
N. Taxonera.
M. Alegret.
F. Dorca.
Crespo y Cruz.
J. M. Fuensalida y Viuda
de Hijos de Zamora.

R. Oñana.
M. Lopez y Compañia.
P. Quintana.
J. P. Osorno.
R. Guillen.
R. Martinez.
J. Perez Fluxá.
F. Alvarez de Sevilla.
J. Urquía.
M. Non Hermano.
J. Sol é hijo.
J. M. Caro.
P. Brieba.
A. Gomez.

Lucena.
Lugo.
Mahón.
Málaga.

Manila (Filipinas).
Mataró.
Mondónedo.
Montilla.
Murcia.

Ocaña.
Orense.
Orihuela.
Osuna.
Oviedo.
Palencia.
Palma de Mallorca.
Pamplona.
Pontevedra.
Priego (Córdoba).
Puerto de Sta. Maria.
Puerto-Rico.
Reguena.
Reus.
Riaseco.
Ronda.
Salamanca.
San Fernando.
San Ildefonso (La Granja).
Santúcar.
San Sebastian.
S. Lorenzo (Escorial).
Santander.
Santiago.
Segovia.
Sevilla.
Soria.

Talavera de la Retna.
Tarazona de Aragon.
Tarragona.
Teruel.
Toledo.
Toro.
Trujillo.
Tudela.
Tux.
Ubeda.
Valencia.
Valladolid.
Vich.
Vigo.
Villanueva y Geltrú.
Vitoria.
Zafra.
Zamora.
Zaragoza.

J. B. Cabeza.
Viuda de Pujol.
P. Vinent.
J. G. Taboada y P. de
Moya.

A. Olona.
N. Clavell.
Viuda de Belgado.
D. Santallá.
T. Guerra y Herederos
de Andrión.

V. Calvillo.
J. Ramon Perez.
J. Martinez Alvarez.
V. Montero.
J. Martinez.
Hijos de Gutierrez.
P. J. Getahert.
J. Rios Barrena.
J. Buceta Solia y Comp.
J. de la Cámara.
J. Valderrama.
J. Mestre, de Mayagüez.
G. Garcia.
J. Prius.
M. Prádanos.
Viuda de Gutierrez.
R. Huebra.
J. Gay.

J. Aldrete.
I. de Oña.
A. Garralda.
S. Herrero.
C. Medina y F. Hernandez.
B. Escribano.
L. M. Salcedo.
F. Alvarez y Comp.
F. Perez Rioja.
A. Sanchez de Castro.
P. Veraton.
V. Font.
F. Baquedano.
J. Hernandez.
L. Poblacion.
A. Herranz.
M. Izalzu.
M. Martinez de la Cruz
T. Perez.
I. Garcia, F. Navarro y J.
Mariana y Sanz.
D. Jover y H. de Rodrig.
Solé, Hermanos.
M. Fernandez Dios.
L. Creus.
J. Oquendo.
A. Oguet.
V. Fuertes.
L. Ducassi, J. Comin y
Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.